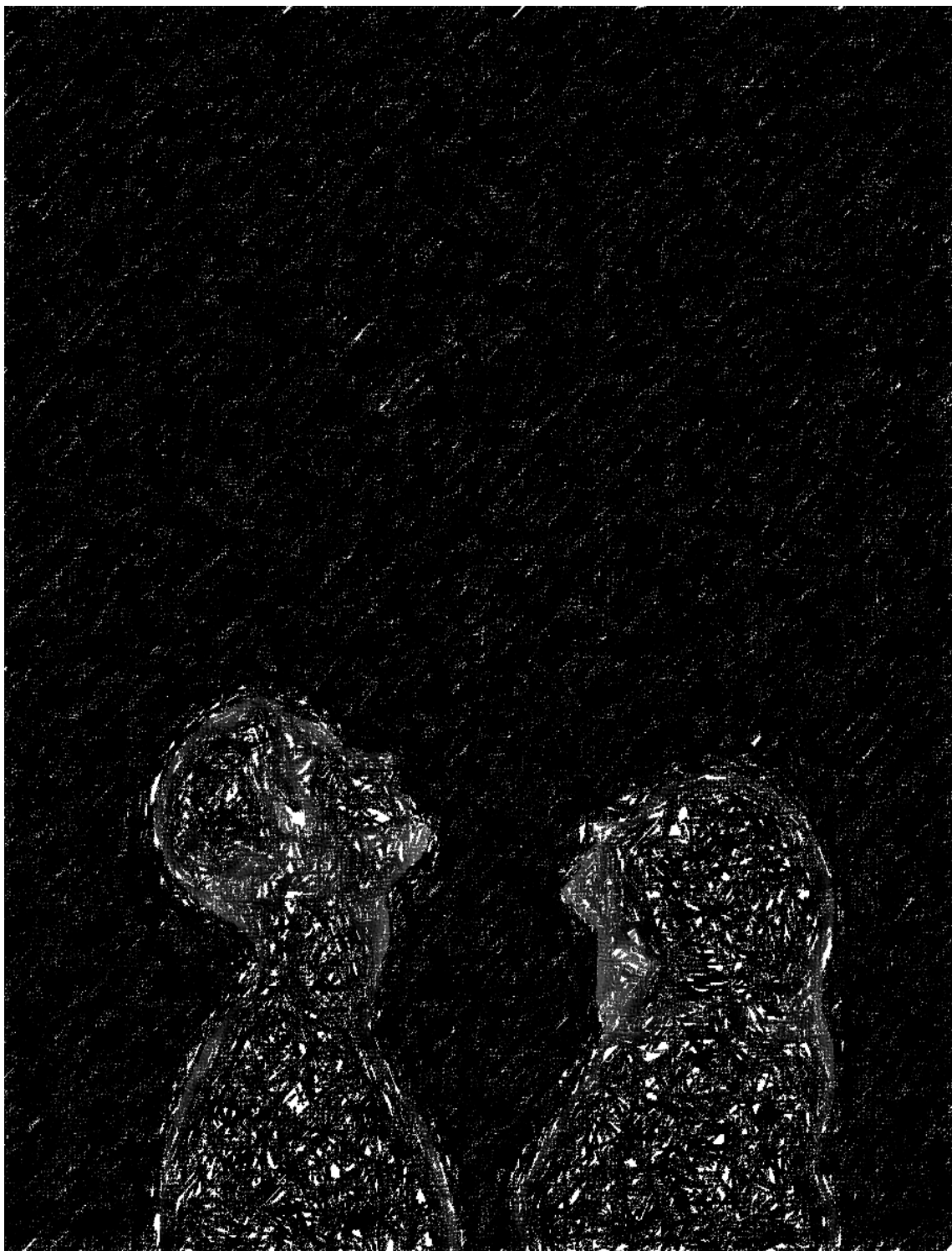


LAS ALMAS GEMELAS



Novela original de Robustiana Armiño de Cuesta, 1855

Editada por Antonio Terrón Barroso y Cristina Carnemolla, 2025

ESCRITORAS EN LA PRENSA DEL SIGLO XIX. EDICIONES DIGITALES

Serie coordinada por M.X. Lama y E. Losada

CC-BY © De la edición, prólogo, bibliografía, notas e imagen de portada, Antonio Terrón Barroso y Cristina Carnemolla, 2025.

Las almas gemelas. Robustiana Armiño de Cuesta. 1ª edición del texto publicada en *El Correo de la Moda*, números 111-141, 1855.

Proyecto GenVIPReF. Género, violencia y representación. Los textos de creación en la prensa femenina peninsular (1848-1918), REF.: PID2020-113138GB-I00.

Colaboran: ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere, Sexualitat de la Universitat de Barcelona; Càtedra UNESCO-Dones, Desenvolupament i Cultures; Ministerio de Ciencia e Innovación y Agencia Estatal de Investigación.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRÓLOGO: EL AMOR VERDADERO ES EL QUE DUELE Y CASTIGA HASTA EL FIN DE LOS DÍAS	4
NOTA SOBRE LA EDICIÓN	14
LAS ALMAS GEMELAS	15
PRIMERA PARTE	15
CAPÍTULO I. EL RETRATO	15
CAPÍTULO II. EL BAILE	29
CAPÍTULO III. LA PRUEBA	34
CAPÍTULO IV. LA SEPARACIÓN	44
CAPÍTULO V. LA BODA	48
SEGUNDA PARTE	56
CAPÍTULO I. UN RELOJ Y UNA CARTA	56
CAPÍTULO II. LA HORA SUPREMA	62
CAPÍTULO III. SOLEDAD	65
CAPÍTULO IV. LA CAÍDA DE LAS HOJAS	72
CAPÍTULO V. LA AURORA BOREAL	78
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	83

PRÓLOGO

El amor verdadero es el que duele y castiga hasta el fin de los días

por Antonio Terrón Barroso y Cristina Carnemolla

«¡Cuán bello hubiera sido para mí padecer contigo y
expirar contigo en una misma hora!» (p. 76)

Las *Almas gemelas* fue la quinta novela original por entregas que Robustiana Armiño de Cuesta publicó en *El correo de la moda*, además de su último trabajo para esta revista. Tras haber sido una de sus más prolíferas colaboradoras entre 1852 y 1855 con cinco novelas originales, cuatro traducidas, ocho biografías ficcionadas de mujeres célebres, un ensayo y dos poemas, la revista no volvió a incluir entre sus páginas ninguna otra obra de la autora, desconociéndose los motivos del cese repentino de su colaboración. Durante este periodo *El correo de la moda* se encontraba bajo la dirección de Pedro José de la Peña, quien controlaba “varias empresas destinadas a las damas y al público infantil de la alta sociedad” (Sánchez Hita, 2022: 7). Entre sus negocios editoriales destacaron, además de *El correo de la moda* (1851-1893), *La educación pintoresca* (1857-1859), *La aurora de la vida* (1860-1862) y *La educanda* (1861-1865) (López de Suazo, 2017).

Dividida en dos partes, *Las almas gemelas* se publicó en veinticuatro números no consecutivos a lo largo de 1855, comenzando en el 111 (24/04/1855) y concluyéndose en el 141 (8/12/1855). La obra volvió a aparecer íntegramente en 1859, sin cambios aparentes ni en su estructura ni en sus contenidos, en *La moda* (Cádiz), donde Armiño estaba publicando, de forma simultánea, una de sus obras más extensas, *Las siete virtudes capitales*. Este hecho podría interpretarse como un enfrentamiento manifiesto que la autora mantendría con *El correo de la moda* a lo largo de los años y del que, quizás, quiso hacer partícipes a sus lectoras mediante varios pasajes en los cuales parece dar a entender que sabía o, al menos, intuía, que *Las almas gemelas* sería su último trabajo para esta publicación. Por su importante contenido crítico, llama la

atención que estos pasajes pasaran desapercibidos y se publicasen, lo que demostraría que los contenidos de los números no se revisaban, al menos exhaustivamente, antes de su impresión. En el primero de ellos, Armiño compara su deseo de escribir con una pesada y amarga carga que se ve acrecentada por “los detractores de la novela”, a los que, sin dar nombres, se atreve a apelar directamente, dejando clara su defensa a ultranza de este tipo de obras:

A la mañana siguiente Carlota emprendió el camino de Italia con su hijo y el señor Druil, llevándose todos los objetos de valor, como si un triste presentimiento le hiciese prever que no volvería a pisar jamás aquella campiña, donde habían corrido hasta entonces sus días, ora tranquilos, ora tempestuosos, pero encerrados siempre en el estrecho círculo de las cercanías de Kiof. Sus deseos de transportar el horizonte y recorrer el mundo iban al fin a cumplirse, pero ¿a qué precio? ¿Creéis que no nos sucede a nosotros correr toda la vida tras un deseo, consagrar a su realización las horas, los días, y los años, comprarla a precio de mil pesares y privaciones, y hallar después en ella el tormento y la desesperación más amarga? ¡Ah, sí! A despecho de los detractores de la novela, yo diré siempre en voz muy alta: *la novela es la verdad, la vida es la novela*. (p. 61)

De esta defensa que Armiño realiza de “la novela” surge un interrogante clave para entender su posicionamiento: ¿a qué se está refiriendo la autora con “novela”? Por un lado, cabe la posibilidad de que estuviera hablando de ella como un nuevo género literario, mientras que, por otro, podría estar apuntando concretamente a los folletines como un subgénero de la novela en desarrollo que, importados de Francia, estaban connotados tanto por su origen como por su supuesta implicación en la feminización de la literatura (Zecchi, 2007).

En un segundo pasaje, Armiño describe abiertamente su malestar “hacia esos hombres sin fe y sin delicadeza, que no conciben bien sin interés”, para los que dice, sin tapujos, ni escribir ni querer hacerlo:

Aquí me parece ver asomar a los labios de esos hombres sin fe y sin delicadeza, que no conciben el bien sin interés, una sonrisa sarcástica, pero nada me importa; yo escribo para los corazones sensibles y delicados, y no me ocupo de los que no me comprenden. Ni el sarcasmo, ni la más encarnizada crítica me harán cejar de mi propósito; yo escribiré para vosotras, hermosas e inocentes doncellas, novelas morales, hiriendo sin piedad al vicio, y enaltecendo la virtud. (p. 62)

Aunque no sea posible determinar si Armiño hacía alusión en los dos pasajes anteriores a sus posibles diferencias con la dirección de *El correo de la moda*, lo que sí parece estar claro es que la autora se revela en contra de las críticas que pudieron recibir sus trabajos, probablemente por sus tramas rocambolescas y su carga tanto religiosa como moral. Tampoco duda en posicionarse abiertamente en contra del “interés” que parece achacar a los hombres de negocios, una postura que refleja también su animadversión hacia el materialismo, alentada desde el ferviente catolicismo que defendía y su firme oposición a las ideas liberales asociadas con el protestantismo que ganaba relevancia en ciertas zonas de Europa. En este sentido, resulta cuanto menos sorprendente que, a pesar de su ideología católica y su conservadurismo, diera a entender en su novela hasta en dos pasajes diferentes que la iglesia católica como institución, representada a través del convento de las religiosas Premonstratenses de Roma, fuera clasista y materialista. En el primero de estos pasajes, Armiño admite el trato de favor que Carlota recibe en el convento por ser “una señora rica, a la que era preciso cuidar” (p. 73), mientras que, en el segundo, de forma mucho más directa, no tiene reparo alguno a la hora de señalar que, a las monjas, las movía exclusivamente su codicia:

Sobre aquella tumba sencilla y casi olvidada por las religiosas que adulaban solo la riqueza, brillaba todos los días una corona de flores frescas, que una mujer regaba con sus lágrimas al expirar el día. (p. 78)

La leyenda de las almas gemelas, a la que Armiño no duda en calificar como “teoría” en múltiples ocasiones (p. 20, 21, 24, 39), sirve para justificar la tormentosa historia de desamor, idealizado como el único amor verdadero, que acontece a lo largo de las vidas de los protagonistas, Carlota Cronstad y el conde de Kiof. El origen de dicha leyenda está relacionado con el mito griego del andrógino o seres humanos originarios con dos rostros, cuatro brazos y cuatro piernas. Además de en esta novela de Armiño, de 1855, apareció también, al menos, en dos publicaciones periódicas más en las dos décadas siguientes. Según los datos que facilita el buscador de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, en 1874 Patrocinio de Biedma firmó un folletín con el mismo título en *La moda elegante* (Cádiz). Anteriormente, en 1867, en *Los sucesos de Madrid* se incluyó un cuento corto sin firmar con la misma denominación. Este

hecho parece demostrar que la leyenda de las almas gemelas tuvo cierta relevancia para la ficción que se escribía en la prensa de la época.

La creencia cultural que idealizaba la unión romántica entre un hombre y una mujer —cuyo sentido pleno de existencia dependía, desde el nacimiento hasta la muerte, de un lazo indisoluble entre ambos— alcanzó también relevancia en otras tradiciones, como la asiática, a través de la alegoría del hilo rojo del destino. La aceptación social de la que parecía gozar esta concepción de la existencia humana como un camino que debía recorrerse junto a un único ser del sexo opuesto al que se estaría unido de forma exclusiva, hasta el fin de los días, sirvió para normalizar relaciones asimétricas que se presentaban como marcadas por el destino, además de configurarse como una forma de aceptación social de la violencia cultural que se genera a través de los vínculos sexoafectivos basados, en menor o mayor grado, en la dependencia y la sumisión. La idealización de las uniones heteropatriarcales, exclusivas, excluyentes y vitalicias se ha visto históricamente reforzada por el valor social y cultural atribuido a la familia desde distintos ámbitos, como el religioso o el económico (Lijtinstens, 2006; Giallorenzi, 2017). En el caso de las mujeres, cuya identidad se sustentaba en gran medida en la maternidad (Fuller, 2010; Agudelo Londoño, Bedoya García y Osorio Tamayo, 2016; Castañeda Rentería y Rodrigues Araújo, 2021), la búsqueda del alma gemela, o del otro extremo del hilo rojo, condicionaría también la realización de una parte central de su feminidad que ocurriría siempre dentro del núcleo familiar, o, en su defecto, las obligaría a aceptar el estigma y el rechazo social que entrañaba quedarse embarazada siendo soltera. A este respecto, Ramos Escandón (2006) señala que, durante la primera mitad del siglo XIX, un gran número de mujeres jóvenes entraba en los conventos debido a que estos funcionaban como una especie de repositorio de solteras procedentes de las clases más pudientes, donde se veían obligadas a acudir cuando la sociedad las consideraba un problema, bien por sus conductas o físicos no normativos o, simplemente, porque eran demasiadas y no todas podían casarse.

Como la creación del núcleo familiar se sustentaba en roles jerárquicos determinados e impuestos por cuestiones de género, las mujeres se vieron obligadas a ocupar posiciones subalternas que las relegaban a acatar la voluntad

de sus esposos, padres e hijos y, en ausencia de estos, de otras mujeres de mayor edad, como madres y tías viudas o solteras. Esta configuración familiar, que revela la misoginia y el etarismo que regían las estructuras jerárquicas del hogar, queda patente en la novela a través del personaje de Carlota Cronstad quien, a pesar de tener dos hermanos varones, uno mayor y otro menor, debe ser ella la que, mediante su matrimonio acordado, tenga que responsabilizarse de solucionar los problemas económicos en los que su familia está sumida desde que su padre falleció. En este sentido, Armiño parece querer hacer hincapié ante las lectoras en la enorme presión a la que se somete a Carlota, siendo su propia madre una de las personas que más la ejerce, especialmente en su juventud, ya que considera la lozanía y belleza de su hija como una moneda de cambio con la que poder volver al estatus socioeconómico perdido tras el fallecimiento del cabeza de familia¹.

A través de Carlota Cronstad, Armiño parece también tener la intención de acercar a las lectoras a algunas de las contradicciones a las que, probablemente, ella misma habría tenido que enfrentarse por su condición de mujer burguesa, conservadora y madre de familia que no renunció ni a sus inquietudes intelectuales ni a su deseo de escribir. Aparte de explicitar el malestar de la joven ante un matrimonio de conveniencia, al que accede siendo consciente de que está renunciando a su libertad², y la cosificación que asume, a su pesar, como una parte inherente a su condición femenina³, la autora utiliza el arco argumental

¹ «Por más que estuviese segura de la belleza de su hija, y del valor que tenía a los ojos de todos la sin igual modestia y recogimiento de esta hermosa niña, que tan singular contraste formaba con su bulliciosa madre, había tenido esta el más delicado tino para abrir de par en par las puertas de su salón a todo lo más escogido de la nobleza, siempre que se tratase del sexo feo, dejándolas entreabiertas, y casi cerradas, a las bellezas rusas, siendo las pocas que concurrieron al baile de una hermosura apenas mediana, si se exceptúa la condesa Willemina que, deslumbradora con su hermosura más que con sus espléndidos diamantes, era sin duda alguna la más hermosa mujer que encerraba Kiof en su recinto.» (p. 30)

«Preocupada con la idea de que Ricardo no la encontrase bastante hermosa, la tomó de la mano y se la presentó, encareciéndole con fatuidad lo mucho que debía influir en el rostro de Carlota la agitación del paseo, y cuanto más bella parecía siempre con su vestido de negligé.» (p. 30)

² «Parecía que la homeopática noche de julio era todavía demasiado larga, sentía una inquietud vaga, como si necesitase aire, y salió al balcón, deseando ver salir el sol en el último día que le quedaba de libertad.» (p. 48)

³ «Con la velocidad de una niña corrió hacia su lindísimo armario de encina ricamente esculpido; lo abrió, sacó la cajita dorada, y la contempló un momento con una expresión particular, que participaba de la curiosidad y del desprecio; después la dejó con indiferencia sobre su tocador,

del personaje para arriesgarse a representar las extrañas relaciones maternofiliales que podían desencadenarse en los matrimonios acordados, desmitificando la maternidad. Aunque Carlota parece querer al hijo que tiene con Ricardo de Lewis, con quien se ve obligada a casarse, no duda en abandonarlo para entrar en un convento, no sin antes haber confiado su cuidado al conde de Kiof, su “alma gemela”, quien velaría por la vida del niño como si se tratase del hijo que él nunca pudo tener con su amada. La semejanza física entre Carlota y su hijo, que “era una personificación de su madre cuando niña, con su hermosura cándida y simpática, sus ojos azules y sus cabellos rubios” (p. 56), hace que el conde de Kiof sienta que, teniéndolo a su lado, sigue manteniendo cerca la esencia de su amor perdido. De hecho, por el gran parecido físico que ambos guardan, en el que se hace hincapié en varios momentos de la novela, el conde de Kiof, cuando ya se encuentra a punto de morir y desvaría, llega a confundir al hijo de Carlota con ella:

El conde se sonrió, y respondió con serenidad, como si se dirigiese a Carlota: - Nada temas, hermosa mía... ¡qué puede hacer el doctor cuando la enfermedad es invisible?... ¡Ah! ¡La medicina es impotente para curar los males del alma!... Pero escucha, escucha, vida mía, yo te he visto mil veces cuando soñabas, te he visto pálida, hermosa como la luna que nos alumbra, te he visto cubierta con el velo del monasterio señalarme el cielo y arrastrarme contigo a la eternidad. ¡Oh! ¡Cuán bello hubiera sido para mí padecer contigo y expirar contigo en una misma hora! ¿Me conoces, Carlota? ¿Distingues todavía en mi rostro desfigurado aquellas facciones orgullosas que solo se han humillado a ti, a ti que has tenido más poder en mi corazón que la gloria?... ¡La gloria! ¡La gloria! ¡Cuánto la amaba yo en otro tiempo! (p. 80).

El hecho de que Carlota legue el cuidado de su hijo a su “alma gemela”, el conde de Kiof, para poder así entrar en un convento tras la muerte de su esposo, pone de manifiesto que Armiño presentaba a las lectoras tres niveles jerarquizados de sumisión a los que las mujeres deberían atenerse. El primero de ellos sería el papel de hija, en el que se estaría bajo el yugo de los padres y hermanos; en el segundo, ya como madre, tendría que someterse a sus propios hijos y a su esposo; mientras que, en el tercero, el de mayor relevancia jerárquica, se estaría supeditada a Dios. Este orden de sumisión parece ser el que, de manera

murmurando con amargura: - ¡Tan dorada...tan linda, y encierra solo el engaño, la mentira! ¡Oh, sociedad! Y yo la acepto... ¡yo voy también a ser hipócrita!, añadió con voz sorda.» (p. 50)

implícita, la autora utiliza a la hora de justificar que, una vez muere su esposo, aun teniendo un hijo pequeño, Carlota no dude en dejarlo de lado para recluirse en un convento y ser una sierva, única y exclusivamente, de Dios.

Como en la mayor parte de sus trabajos para *El correo de la moda*, Armiño sitúa la trama de la novela fuera de España. En este caso transcurre entre Rusia e Italia, países de los que proceden todos los personajes. No incluye ninguna referencia a España que vaya más allá de la adaptación de los nombres de pila de los protagonistas. De nuevo, la autora parece querer que sus lectoras viajen a través de sus escritos, dejando claro que las mujeres, como Carlota, también desean viajar, aunque no puedan hacerlo o no les resulte fácil:

No he salido nunca de Rusia —exclamó Carlota derramando algunas lágrimas— y, sin embargo, mi corazón es tan grande que abraza el mundo entero... Esa Italia deliciosa, con su cielo siempre azul, aquel mar siempre tranquilo, aquellas vírgenes voluptuosas, y aquellos enlosados de mármol cubiertos de flores, conmueven mi alma, satisfacen los deseos de mi corazón y, sin embargo, no existen para mí. Siempre fijos los ojos en ese horizonte, ¡cuyos límites nunca traspasé! ¡Oh! ¡Si yo hubiese sabido que existía otro mundo más allá de nuestros hielos! Pero ¿qué digo? ¿Son acaso comparables los goces del que ignora hasta el suelo en que nació con los momentos de felicidad, ni aún con las ilusiones melancólicas que experimenta mi alma apasionada? ¡No! ¡No! Domíname, pues, como hasta aquí tristeza cruel, pero querida, y alimenta mi corazón con las emociones, ¡como lo has hecho por espacio de dieciocho años!» (p.16)

Quizás con el objetivo de despertar interés en las localizaciones elegidas, ya desde las primeras páginas del folletín, Armiño contrapone los dos países en los que sitúa la trama —Rusia e Italia— haciendo uso de estereotipos y generalizaciones mediante los que describe y exotiza tanto los paisajes⁴ como los personajes⁵, que construye de forma antagónica.

⁴ «¡Vivir sepultada en las frías regiones del norte, no es vivir!» (p. 16). Ver también la nota anterior, en la que se idealiza a Italia.

⁵ «Carlota, pequeña blanca y rubia como un serafín, estaba inmóvil sobre su compañera. Su mano extendida con la mitad de la miniatura, el ramo de rosas naturales que adornaban sus cabellos, y que simulaba una aureola suspendida sobre aquella cabeza de virgen, la hacían parecer una hermosa estatua de la inocencia. Arcelia, alta, morena, con cabellos negros, ojos árabes, y unas facciones alteradas por la cólera, parecía dominar la infantil figura de Carlota, como el águila sobre su presa.» (p. 41)

La novela contiene también ciertos elementos que le confieren tintes oscuros, los cuales se materializan a través de distintos objetos mágicos que los personajes atesoran como si se tratase de lastres que los obligan a no poder enterrar los hechos trágicos del pasado con los que, como consecuencia, tienen que convivir. Este es el caso del retrato del conde de Kiof en forma de colgante que Carlota ve en las manos de su anciano amigo Nicolás cuando era tan solo una adolescente y que condicionaría el resto de su vida; el reloj que el conde de Kiof le regala a Carlota el día de su boda, que evocará el nexo de unión que siempre mantendrá con ella; y, finalmente, el colgante con cabello de su hija que Gabriela, la monja italiana con la que convive Carlota en el convento, lleva siempre puesto para generar la ilusión de que aún la tiene cerca, a pesar de haberla perdido. Además de en los objetos mencionados anteriormente, la locura que parece desencadenar una aurora boreal en el conde de Kiof justo antes de que se produzca su trágica muerte podría interpretarse como un giro narrativo con el que Armiño quizás buscase, nuevamente, darle a su folletín ese aire gótico que lo hiciera más innovador y, por lo tanto, más actual y comercial.

Cabe destacar también la representación de los vínculos entre mujeres, caracterizados por una tensión constante entre los celos y la solidaridad. La competencia atraviesa especialmente las relaciones de Carlota con otras figuras femeninas de la narración —como Arcelia o la condesa Willemmina— e incluso se hace visible entre las propias monjas del convento. En el caso de Arcelia, el uso del tópico literario del *beatus ille* sirve para ofrecer a las lectoras una visión idealizada y bucólica del campo frente a las ciudades, algo que Armiño consigue a través de la contraposición entre la vida que lleva Arcelia en su quinta, donde aparece dedicada a actividades propias de un ambiente pastoril idealizado como la música, y la de Carlota, quien, a pesar del lujo que la rodea, es consciente de que la riqueza no cicatriza las heridas del alma⁶. En esta contraposición entre ambas jóvenes juega también un papel relevante el clasismo con el que se cuestiona abiertamente que “una joven hermosa y casi pobre (pueda) amar a

⁶ «Carlota no hizo el menor movimiento, ni levantó sus ojos hacia Arturo.

- ¡Es mío! ¡Mío otra vez! —exclamó el niño dirigiéndose hacia su madre. Entonces era pequeño y me engañabas, ¡ahora soy grande y rico!

- ¡Rico! —repitió maquinalmente sin alzar los ojos...

¡Pobre criatura! ¿Acaso puede la riqueza cicatrizar las heridas del alma?» (p. 59)

otra hermosa y rica” (p. 34), calificando además a Arcelia de “cobarde como todas las almas bajas donde se anida la calumnia” (p. 41) cuando muestra sus celos hacia Carlota por el amor que ambas procesan hacia el conde de Kiof. Para exagerar los celos de Arcelia, Armiño no duda en hacerlos extensibles a cualquier mujer mediante una generalización cargada de misoginia en la que señala que “la cólera de una mujer celosa es más temible que una espada de dos filos” (p. 40). En el caso de la competencia con la condesa Willemmina, el clasismo sirve para justificar que, aun siendo rivales en belleza, su “supremacía” económica y social debida a su “sangre de príncipes” (p. 29) la convertían en alguien a quien a Carlota le convenía tener de su lado, a pesar de la aparente hostilidad que existía entre ambas. La solidaridad entre mujeres se manifiesta en la novela a través de la relación que Carlota entabla con Gabriella, con quien tiene una profunda amistad que se sustenta en la comunión de sus espíritus y en la identificación mutua derivada del sufrimiento compartido.

Como hiciera en trabajos anteriores para *El correo de la moda*, Armiño apela directamente a sus lectoras, dejando entrever su interés por involucrarlas tanto en las vidas de los personajes como en los acontecimientos de la trama. Para conseguirlo, utiliza diversas estrategias entre las que destacan el uso de la apelación directa a un colectivo femenino —“jóvenes desposadas”, “vosotras, hermosas e inocentes doncellas”— con lo que genera la sensación de estar pidiéndoles su opinión sobre lo que están leyendo, aparte de contribuir a generar la ilusión de que se está en los lugares donde transcurren los hechos.

Finalmente, cabe destacar la edulcoración del sufrimiento femenino que Armiño ofrece de nuevo a las lectoras, como también haría en sus anteriores folletines para *El correo de la moda*. Carlota nunca será feliz porque, aun siendo consciente de las consecuencias que sus decisiones le acarrearán, opta por obedecer el mandato social, primero por su condición de buena hija que la conduce a acatar los deseos de su madre, casándose con un hombre al que no ama; después, por su subyugación absoluta a su esposo, que le pide que no vuelva a casarse con nadie tras su muerte, asume que pasará el resto de su vida sola; y, finalmente, por ser un modelo de la virtud cristiana, se aboca a aceptar los designios de Dios, aunque la lleven a tener que dejar atrás a su hijo para

pasar el resto de sus días recluida en un convento. Su “destino” se concibe ante las lectoras como irremediable, justificándose que la única salida para Carlota, al igual que para cualquier otra mujer respetable que se encuentre en circunstancias similares, sería la de asumir que no puede hacer nada para mejorar su vida y, por lo tanto, debe esperar a “que la muerte reúna las almas que separó el destino” (p. 79). Con el transcurso de los años, Carlota se ve forzada a aceptar que, por el peso de su condición femenina, debe acatar los designios de su madre, de su esposo y de Dios, a pesar de que, en algunos momentos, sobre todo durante su juventud, llegase a cuestionarlos.

En síntesis, *Las almas gemelas* refleja la complejidad de la obra de Robustiana Armiño, al combinar una narrativa sentimental y moral con una crítica sutil de las normas sociales, familiares y religiosas que condicionaban la vida de las mujeres en el siglo XIX. A través de la experiencia de Carlota Cronstad, la autora evidencia las jerarquías de sumisión a las que debían ajustarse las mujeres — como hijas, esposas, madres y devotas—, al tiempo que explora las tensiones entre rivalidad y solidaridad entre ellas. Asimismo, Armiño reivindica la importancia de la novela y del folletín como espacios de expresión intelectual femenina, desafiando las críticas y la mercantilización de la literatura bajo un enfoque patriarcal. La idealización de la unión romántica y la subordinación a los mandatos sociales y religiosos permiten comprender cómo la ficción del folletín contribuyó a normalizar ciertos modelos de feminidad, al mismo tiempo que ofrecía a las lectoras la posibilidad de reconocer, cuestionar y reflexionar sobre las limitaciones de su propia existencia. De este modo, la obra no solo constituye un testimonio literario de su tiempo, sino también un espacio de mediación entre las expectativas sociales y las aspiraciones individuales de las mujeres burguesas del siglo XIX.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En la transcripción de esta novela se han realizado pequeñas intervenciones sobre el texto original publicado en *El Correo de la Moda* en 1855 con el objetivo de facilitar su lectura. Las más significativas han sido, por un lado, las relacionadas con la puntuación y, por otro, con la acentuación, habiéndose adaptado en todos los casos a las normas del español actual. Se ha intentado siempre que el mensaje original no se viese afectado por los cambios.

LAS ALMAS GEMELAS

PRIMERA PARTE

Capítulo I. El retrato

Un hermoso día del mes de julio, cuando la brisa de la tarde puso en relieve el descolorido envés de las hojas, que se columpiaban en los árboles, paseaba Carlota Cronstad⁷ por un frondoso bosque inmediato a la ciudad de Kiof⁸, en la Rusia meridional, llevando de la mano a su lindo hermano Alberto, de edad de diez años. Triste, sumamente triste, era la vida de Carlota: nacida en una ciudad rusa, de familia bastante rica, y siendo la admiración de cuántos la conocían, tanto por su belleza, como por su admirable sencillez y su dulce carácter, miraba correr sus días con pesar, y rara vez se la veía brillar con la alegría que tanto hermosea a la juventud.

Carlota pasaba la vida casi en aislamiento, pues el carácter de su familia formaba un contraste tan perfecto con el suyo que, a pesar de ser hija obediente y hermana afectuosa, cifraba su cariño en Alberto, llegando a olvidarse de que tenía otro hermano mayor, llamado Teodoro, que era el alma y la vida de su madre.

El astro del día, que derrama su luz con tanta fuerza sobre la Rusia durante el estío, declinaba majestuosamente. Pronto desapareció tras los celajes de púrpura, y quedó la naturaleza sumergida en ese silencio que domina soberanamente las últimas horas de la tarde.

Carlota tenía un carácter dulce y sensible, pero por desgracia, muy exaltado; empezó a reflexionar, clavando sus miradas en el inmenso horizonte que se

⁷ El apellido de la familia aparece escrito a lo largo de la novela indistintamente como Cronstad y Cronstat, habiéndose unificado en el texto de esta edición usando la primera forma. El nombre actual de la ciudad rusa a la que parece que Armiño ligó el título nobiliario de la familia de Carlota es Kronstadt.

⁸ Podría tratarse de Kiev, capital de Ucrania. Según indica Javier Bezos (2023), la denominación actual en castellano de la capital ucraniana es fruto de condicionantes históricos y lingüísticos, por lo que su forma varió hasta la normalización de la actual.

desplegaba a su vista a través de los árboles, y caminaba con tal distracción que ni siquiera reparó en las miradas que Alberto le dirigía viéndola tan callada. Al fin lanzó una mirada en derredor suyo, y viéndose sola con su hermano en aquella hermosa soledad se entregó de lleno a su cavilación.

- No he salido nunca de Rusia—exclamó Carlota derramando algunas lágrimas—y, sin embargo, mi corazón es tan grande que abraza el mundo entero... Esa Italia deliciosa, con su cielo siempre azul, aquel mar siempre tranquilo, aquellas vírgenes voluptuosas, y aquellos enlosados de mármol cubiertos de flores, conmueve mi alma, satisfacen los deseos de mi corazón, y sin embargo, no existen para mí. Siempre fijos los ojos en ese horizonte, ¡cuyos límites nunca traspasé! ¡Oh! ¡Si yo hubiese sabido que existía otro mundo más allá de nuestros hielos! Pero ¿qué digo? ¿Son acaso comparables los goces del que ignora hasta el suelo en que nació con los momentos de felicidad, ni aún con las ilusiones melancólicas que experimenta mi alma apasionada? ¡No! ¡No! Domíname, pues, como hasta aquí tristeza cruel, pero querida, y alimenta mi corazón con las emociones, ¡como lo has hecho por espacio de dieciocho años!...

¡Arcelia! Querida Arcelia mía, feliz tú, ¡que no desees nada que esté fuera del parque de tu quinta! Yo veo deslizarse aquí mi existencia con rapidez, y mi nombre se perderá en la oscuridad. ¡Cielos! ¡Yo que quisiera subir más que Ícaro! ¡Carlota, Carlota! ¡Vivir sepultada en las frías regiones del norte, no es vivir!

Y la joven Cronstad derramaba un torrente de lágrimas.

- ¡Oh! ¡Alberto, Alberto! —exclamo echando una mirada inefable sobre su hermano que la miraba sorprendido.
- Carlota—dijo el niño atemorizado—, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Te ha reñido mamá?
- Hermano mío—respondió Carlota abrazándole—tranquilízate, no tengo nada; lloro porque estoy sola con la naturaleza, y aquí no pueden los hombres criticar mis lágrimas. ¿Ves ese arroyo que corre con tanta rapidez por el bosque? Tú no podrías vadearle ahora sin echar a perder

los borceguís⁹, pues en el otoño empezará a endurecer, ¡y en el invierno adquirirá tal solidez que podrás pasearte sobre él sin peligro! Pero no confíes, querido Alberto, en su dureza, a la llegada de la primavera se resbalarán tus patines y caerás en el fango del hielo que se deshace... He aquí mis ilusiones, al nacer son límpidas como el agua que corre a nuestros pies, las veo tomar solidez, pasea por ella mi imaginación, y cuando creo que van a realizarse, se deslizan mis pies, abro los ojos y las veo desaparecer como los recuerdos de un sueño que agitó nuestro corazón durante la noche, y se desvanecen al brillar el alba. He aquí la causa de mis lágrimas; mi fantasía fatigada con esta existencia monótona crea todos los días nuevas esperanzas, que se marchitan con la misma rapidez que se forman... ¡Oh! Esta lucha me ha de quitar la vida.

Aunque el niño nada comprendía del discurso de Carlota, le hizo mucha impresión las palabras «me ha de quitar la vida»; amaba a Carlota con toda su alma, y viéndola tan afligida empezó a sollozar amargamente.

- Carlota—le dijo suspirando—, si tú te mueres, ¿quién me dará las cintas de color de Rosa para atar los cascabeles de plata al collar de mi falderito inglés?
- Alberto, hermano mío—dijo Carlota echándole los brazos al cuello—, no moriré, no moriré, pues existes tú para prodigarme tus inocentes caricias; enjuga tus lágrimas, mi querido niño; yo te daré esa cinta de color de rosa; yo te daré cuanto quieras, y pluguiese el cielo que pudiese darte la felicidad, que busco en vano sobre la tierra.

Alberto enjugó sus lágrimas, besó con transporte la orla del vestido de su hermana, la miró con dulce sonrisa, y echó a correr por el bosque gritando:

- ¡Señor Nicolás! ¡Señor Nicolás! ¡Carlota, el ayo del conde de Kiof!

Carlota, que conservaba en todos sus movimientos la sencillez de la primera edad, echó a correr velozmente detrás de Alberto, y cuando logró alcanzarle estaba ya el niño en brazos de su anciano amigo, que se había puesto en pie para recibirla, cerrando cuidadosamente un libro que tenía en las manos.

⁹ Los borceguís eran un tipo de calzado empleado en España en la época medieval. Se trataba de una especie de bota que llegaba hasta la rodilla, que solía confeccionarse con cuero muy fino para ajustarse cómodamente a la pierna.

- Mi buen amigo—dijo la joven reprendiéndole con dulzura—, hace algunos días que nos habéis abandonado... ¿cuál ha sido el motivo?

Nicolás respondió sonriendo que algunas ocupaciones apremiantes, relativas a los negocios de su señor, le habían impedido por algunos días ir a la ciudad. Iba a proseguir, pero Alberto, que oyó el nombre del conde, tiró del brazo de Nicolás diciéndole:

- ¿Por qué no le traes nunca? Mi ayo no me deja un momento, a no ser que Carlota me acompañe a paseo.
- El conde de Kiof—le respondió el anciano—, tiene un alma grande con la que puede muy bien suplir la presencia de sus ayos, y un corazón demasiado orgulloso para exponerse a oír un consejo fuera de su palacio. No podéis imaginar, mi querida niña—añadió sentándose sobre la verde hierba al lado de Carlota—, el raro carácter de mi discípulo; dotado de un alma noble, elevada y benéfica, me comunica sus más secretos pensamientos y sus ideas singulares acerca de lo que el mundo llama felicidad. Su imaginación precoz profundiza una idea con la misma rapidez que la concibe, pero esa misma velocidad hace que se cambien sin cesar sus ideas, y que se agoten en flor sus mejores combinaciones. Hace algunos meses que se decidió por la diplomacia, y solicitó de S.M. Imperial un cargo en la embajada, cerca de la Puerta Otomana. Le hubierais visto ir, venir, y hablar de Constantinopla con el mayor fuego, proponiéndome acompañarle en su viaje, y prometiéndome todas las consideraciones que hubiera tenido con su mismo padre. Hacía yo muy poco caso de sus promesas, porque estaba bien seguro de que no saldríamos de aquí. En efecto, pocos días después, me dijo que ya había abandonado completamente aquella idea, considerando las muchas incomodidades que había de ocasionarle la etiqueta en un viaje tan brillante; «pero estoy dispuesto—me decía—, a hacerme retratar; es un presente que quiero hacer a uno de los agregados a la embajada; la marcha está ya dispuesta, y así que llamad al instante al miniaturista, pues quiero absolutamente que me retrate hoy».

Partí al instante para la ciudad, porque conozco a fondo su carácter, que no admite réplica. Vino en efecto el miniaturista, pero por una coincidencia

singular se le olvidó el marfil, y aunque con gran sentimiento suyo hizo presente al Conde, que solo aguardando hasta otro día podría complacerle. El Conde furioso exigió que se le retratase inmediatamente, aunque fuese en papel, o de lo contrario haría llamar a otro artista.

- ¿Qué importa—decía—, que mi retrato esté en papel y no en marfil? Colocándole en un cuadro incrustado de piedras preciosas parecerá bastante bien.

El miniaturista obedeció, cobró una cantidad crecida, y se marchó riéndose del carácter atolondrado de mi discípulo. Este no se acordó más de la embajada, ni del miniaturista, y aquel retrato hecho con tanto afán es este papelito que sobresale entre las demás hojas de mi libro. No he querido recordarle nunca este incidente, porque no sufre que se le contraríe, aunque sea con la mayor justicia, y me contento con retener el retrato como una prueba más de la inconstancia de su carácter. Por lo demás, su talento es claro, su imaginación florida como la de un poeta romántico, y la nobleza de su alma deja muy atrás la de su escudo noble por todos cuatro costados.

- ¿Pero no habéis visto nunca al conde, Carlota?
- No—respondió la joven con sencillez, y acariciando distraídamente los perfumados cabellos de Alberto—; muchas veces llegaron a mis oídos los elogios que el mundo le prodiga; pero a pesar de lo inmediato que está su castillo no lo he visto nunca.
- Pues miradle—repuso Nicolás—, y abriendo el libro presentó a los ojos de la sensible Carlota unas facciones llenas de generosidad y nobleza, en las que se dejaba ver con toda su gallardía ese carácter apasionado y tierno que despierta simpatías en todos los corazones.
- ¡Dios mío! —exclamó involuntariamente Carlota, sintiendo sobre su frente una nube de fuego. Señor Nicolás—prosiguió poco después, fingiendo por la primera vez de su vida—no extrañe mi admiración, esta miniatura está ejecutada por una mano maestra...¡qué contornos!¡qué pureza de colorido! Bien conocéis mi entusiasmo por la pintura, y si me permitiese copiar...

- Tomadle—repuso Nicolás, — completamente engañado por la candidez de Carlota, y seguro por otra parte de que su corazón no era ya libre, desde que se había consagrado al prometido esposo.

El retrato pasó entonces a la mano trémula de la joven, que le suspendió al cordoncillo de oro que rodeaba su cuello de alabastro, y dijo a Nicolás a media voz:

- Juro devolvéroslo religiosamente.
- ¿Devolvérmelo? ¿Y para qué? Si luego que saquéis la copia os cansa el original, dádsele a vuestro hermano para que juegue con él... al menos habrá servido para alguna cosa.

Carlota conoció entonces que Nicolás estaba completamente tranquilo, y que nada tenía que temer.

- Pobre niña...—pensaba para sí el anciano amigo de los señores Cronstad—¡acaso no ha fijado nunca un momento sus virginales miradas sobre las facciones de un hombre! ¡Cuánto rubor ha sentido al contemplar ese retrato! ¡Y qué linda es! ¡Cuán espiritual el reflejo de sus ojos azules!
- ¡Niña mía! —prosiguió mirándola con un cariño casi paternal—; pues han llegado ya para vos los dichosos días en que la mujer va a dar libertad en cambio de amor, pues que tan pocos son ya los paseos en que volvamos a encontrarnos a solas, escuchad la teoría del amor que profesa mi noble amo, y pueda vuestro corazón encontrar en Ricardo su alma gemela.

Carlota se sonrojó, quiso hablar, la vergüenza le cortó la voz, y creyó que Nicolás acababa de leer en el fondo de su alma, porque su extraordinaria conmoción lo decía todo.

- Hablad... ya os escucho...—murmuró Carlota con ansiedad.
- Nunca, hija mía, osé hasta ahora llevar a vuestro oído amorosas teorías, porque esa alma pura como la de los ángeles, suspendida entre el cielo y la tierra, había ofrecido su corazón en holocausto, sin dolor y sin esfuerzo, porque hija de la obediencia, no teníais más amor ni más odio que el de vuestra querida madre.

Carlota hizo una señal afirmativa.

- Lejos de mí—continuó el anciano—, la idea de separaros de esa obediencia dichosa y ciega como la fe; pero os amo demasiado para dejar

de hablaros con la ingenuidad de un verdadero amigo. Niña todavía, vuestra madre, que en su estado de viuda ambicionaba cada vez más honores y riquezas, contrató vuestro matrimonio con el joven Lenois, niño también, y que iba entonces a partir para París. Retirada desde entonces, ni más ni menos que si estuviéseis en clausura, apenas conocéis los usos de la sociedad que os rodea, siendo casi desconocida para las personas del gran mundo que frecuentan la casa de vuestra madre. Sencilla e inocente habéis dado el nombre de amor al sentimiento que experimentáis por vuestro prometido, y descansáis en ese amor inalterable, como una fortaleza segura. ¿Y quién os ha dicho que ese amor será suficiente para llenar vuestro corazón apasionado? ¿Qué nos dice que lanzaba en medio de esa sociedad brillante que reclama el rango que vais a ocupar en ella, no sentiréis otras aspiraciones ardientes, más tempestuosas que el tranquilo sentimiento que guardáis en vuestro corazón como un santuario? ¡Ah! Carlota, creedme: antes de ligaros con lazos que solo Dios puede romper, penetrad en lo más recóndito de vuestro corazón, y preguntaos una y mil veces si es solo por complacer a vuestra madre por lo que os creéis feliz con vuestro himeneo. No temáis esta prueba, no: el oro se purifica con el fuego, la verdad con el examen, la...

- Pero... —balbuceó Carlota casi trastornada por el tumulto de ideas nuevas que agolpaban en su mente—, ¿de qué creéis que me serviría esta terrible verdad?... ¡Es demasiado tarde!
- ¿Y qué derecho tenéis vos sobre la felicidad de vuestros semejantes? Si por una obediencia culpable no pudieseis devolver a vuestro esposo amor por amor, ¿quién nos dice que no seríais la causa de las terribles catástrofes que hacen estallar a veces el amor propio ofendido?... ¿Lloráis?... Sois buena, sencilla y cariñosa, y no os atrevéis a surcar sola el mar de la duda. ¿No es verdad, Carlota?... Pues bien; no quiera Dios que sea yo quien os haga abandonar el sendero que con tanta fe queréis seguir. Perdonadme; yo me había propuesto tan solo hablaros de la teoría de las almas gemelas, y mi cariño hacia vos me ha hecho filosofar como un imbécil.

- No, no, hablad—dijo Carlota con amargura—quiero escucharos acaso por la última vez... quiero que me habléis de amor, de dicha, de infortunio... tal vez vuestra teoría vuelva la paz a mi agitado corazón.
- Pues bien, hija mía, escuchadme; acaso como decís, sean mis palabras de dicha para vos. El amor, según lo define el joven conde que tengo el honor de dirigir, es la reunión de dos almas que Dios ha criado para que formasen una sola antes de volver a su creador. Dios arroja esas almas a la tierra de dos en dos, pero rara vez caen juntas. De aquí esos corazones solitarios que viven siempre con dolor, mirando a todas partes, agitándose siempre que ven aparecer un objeto desconocido, y preguntándose sin cesar: ¿será esa? Algunas veces amamos con delirio y soñamos la bienaventuranza, porque creemos haber encontrado el alma que buscábamos; pero ¡cuántas lágrimas nos cuesta cada nueva decepción! ¡Cuántos corazones sucumben a la lucha sin haber encontrado su alma compañera! ¿Creéis que cuando se unen dos personas que, nacidas en distinto clima, educadas a largas distancias, no necesitan más que un momento para amarse, es solo un efecto de la casualidad? No, no; esas son dos almas gemelas, dos almas que se han encontrado, que en un segundo se han conocido, se han amado, y que alcanzan la felicidad del cielo sobre la tierra. Yo he visto muchas veces a mi discípulo lleno de hermosura, de juventud, de riqueza, llorar como un niño la soledad de su alma generosa, que no ha encontrado todavía un corazón que haya hecho sentir al suyo el primer latido. Si después de haber visto a Ricardo, encontráis en él vuestra alma, si sois los dos uno solo para vivir y amar... ¡Dios os bendiga como yo os bendigo, Carlota!
- ¡Oh, amigo mío! —exclamó la joven abrazándole con la mayor ternura—; nada os diré, porque mi corazón late con violencia, mi cabeza se abrasa, pero yo os doy las gracias, mil gracias... ¡Dios mío! —añadió mirando en derredor suyo con espanto—, la noche se acerca... ¡Alberto, Alberto!

Alberto, que jugaba a poca distancia, llegó al momento. Venía sofocado de perseguir a las hormigas, y nada había oído.

- Hija mía —dijo Nicolás disponiéndose a acompañarlos—, mucho siento que mi ternura hacia vos haya sido la causa de esta tardanza, que tal vez

cause inquietud a vuestra madre. Pero ¿qué queréis? Se trataba de vos, de vuestra felicidad, y me convertí sin saberlo en un disertador del siglo pasado. Ea, vamos, os acompañaré hasta que avistemos la ciudad.

Carlota le dio la mano a su hermano y emprendió el camino, procurando hablar a Nicolás con serenidad, pero su voz se alteraba a cada instante y temblaba al menor ruido de las hojas.

Al pasar por una encrucijada en que clareaban los árboles, Nicolás la detuvo, y le mostró el castillo del conde, antigua fortaleza, que merced a los vapores del Crepúsculo aparecía con proporciones colosales.

- ¡Mirad, Carlota! Allí hay una morada desierta, porque no habita en ella el amor.

Carlota se apoyó maquinalmente en el brazo del anciano.

- ¡Ah! ¿Por qué nunca os habéis visto? ¿Por qué nunca os habéis amado? —prosiguió este con amargura.
- ¡Por piedad! —exclamó Carlota, señalándole las torres de la ciudad, que empezaban a vislumbrarse a lo lejos como altivas agujas—; dejadnos... Ya estamos cerca... ¿iréis? —añadió volviéndose dulcemente hacia él.
- No sé... sí... tal vez... pero yo también estoy preocupado... ¡a fe que esto es singular! Adiós; andad aprisa, yo os seguiré con la vista, y luego que hayáis llegado tomaré este sendero que conduce a palacio. Adiós, decid a vuestra madre que iré muy pronto.

Estrechó la mano de Carlota, beso en la frente de Alberto, y se sentó al lado del camino real, con una eminencia que dominaba hasta las puertas de la ciudad: acababan de salir del bosque.

La luna, que salía entonces, vino a iluminar con sus plateados rayos el oscuro ramaje de los árboles que adornaban las orillas del camino hacia la entrada de la ciudad.

Tímida como una cervatilla, supersticiosa como los corazones que sueñan un amor que no han sentido todavía, volaba Carlota asida de la mano de Alberto, temiendo y suspirando sin saber por qué. Perdido en la carretera su peine de brillantes, ni siquiera se había apercibido de ello, separando a cada instante la nube de bucles rubios que le caían sobre la frente, y que su mano se esforzaba en vano en contener.

Al fin aparecieron ya más cerca los elevados edificios de su ciudad querida, que empezaban a iluminarse lentamente como otras tantas estrellas sobre un fondo oscuro.

La luna acababa de nublarse, como si hubiese brillado tan solo para orientar su miedo.

Una vez ya al pie de la ciudad, Carlota cortó su carrera, caminando lentamente para calmar su respiración fatigada. Mil pensamientos, ora tristes, ora placenteros, cruzaban por su mente; no sabía si estaba todavía escuchando la teoría de las almas gemelas, que tanta impresión le había causado en su alma, cuando el recuerdo de Ricardo de Lewis, que acariciaba siempre con amor, la heló de espanto.

¡Pero qué! ¿Acaso no lo amaba ya? Si nada había cambiado para ella ni para Ricardo, ¿por qué aquel infundado temor?

¡Ah! No sabía Carlota que para el que ama con fe ciega la primera duda es la muerte; que su amor ciego y tranquilo como la fe, era solo una pasión infantil a la que los intereses de su familia habían dado el nombre de amor, y que el amor verdadero, esa pasión colosal que llena el alma, le era desconocido todavía, con sus grandes emociones, con sus afanes, sus angustias y su felicidad, la mayor que Dios concedió al hombre en nuestro mundo de miserias.

Unas cuantas palabras pronunciadas por Nicolás habían sido suficientes para turbar la tranquilidad de aquella alma, pura como las aguas de un lago del nuevo mundo. En vano recordaba la fisonomía dulce y melancólica de Lewis, porque aquella hermosa miniatura le abrazaba el pecho como un volcán, y al recordar las apasionadas facciones del conde de Kiof, y su interesante soledad, le parecía que recobraba nueva vida, y con ella la libertad de amar, con un amor ardiente y misterioso que no acertaba a definir.

Llegaron por fin a la ciudad, y al atravesar la calle que guiaba a su palacio vieron brillar millares de luces a través de los cortinajes de gasa que decoraban sus balcones.

Carlota se detuvo admirada, no pudiendo adivinar el motivo de aquella fiesta inesperada: su corazón parecía saltar del pecho. Alberto se hacía todo ojos para contemplar los juegos de la luz, que reflejaban numerosos espejos. Todas las ventanas estaban abiertas.

La puerta principal estaba completamente abierta, el patio iluminado también. Sus dos doncellas la aguardaban al pie de la escalera principal.

- Subid, señorita—exclamaron a un tiempo—, vuestra madre os aguarda con la mayor inquietud: ¡qué susto le habéis dado!... Pero gracias a Dios nada os ha sucedido... subid, subid a tranquilizarla.

Subieron en efecto; Mma. Cronstad, cubierta de seda y pedrería, se adelantó hacia ellos con el rostro radiante de gozo.

- ¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Alberto arrojándose en sus brazos—; es Nicolás quien nos ha detenido... y vendrá pronto a nuestra casa.
- ¡Hijos míos! —respondió doña Margarita con efusión—, ¡qué impaciente estaba por abrazaros!
- ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaron a un tiempo Alberto y Carlota—, ¿cuál es la causa de esta iluminación?
- Venid, venid, hijos míos, al salón, y os lo diré.

Dirigiéndose todos hacia el salón principal, y sentándose doña Margarita en un elegante sofá, colocó a Alberto a su lado, indicó a Carlota que tomase asiento, y habló así:

- Ya sabes, hija mía, que un hijo dócil y una madre tierna y amante son los dos bienes más apreciables que el cielo puede concedernos: yo he tenido la fortuna de hallar en ti una hija de las que hacen la ventura de sus padres, y por mi parte hice también cuánto me ha sido posible para que hallases en mí una amiga sincera, más bien que una madre.

Carlota se inclinó con respeto.

Mma. Cronstad continuó:

- Respetando siempre tu carácter, te he dispensado de asistir a mi salón, donde quisiera verte siempre a mi lado, y donde solo apareces alguna vez como una hermosa estrella; y en fin procurando tu felicidad, después que la muerte de mi amado esposo me colocó a la cabeza de la familia, he arreglado tu matrimonio con el joven Lewis, cuya conducta moral acredita la nobleza de sus sentimientos. Este amable joven, que debe hacer tu felicidad, ha llegado esta tarde adornado con todas las gracias que pueden hermosear una persona bien nacida.

Su primer cuidado fue buscarte, y cuando supo que habíais ido a pasearos al bosque se despidió estrechándome la mano, y diciendo con una dulce sonrisa: «A Dios, mamá, habéis hecho bien en colocar siempre a vuestro Alberto al lado de Carlota; es como un perrito faldero que se coloca sobre el vestido de su joven ama para impedir que nadie se le acerque: a Dios, hasta luego.»

Ricardo está algo pálido, y por lo mismo más interesante; cuando se acuerda de ti, de la rosa del norte, como dicen nuestros paisanos, brilla en su rostro la felicidad. ¿Podré yo ahora exigir, Carlota mía, que te presentes esta noche en nuestra sociedad? Cuándo vas a separarte de mí, cuándo debes presentarte al gran mundo, ¿no tendré yo el placer de hacerte aparecer en él con todos tus atractivos?

Carlota bajó los ojos y calló.

- Señora —la interrumpió Teodoro con fatuidad entrando en el salón—, Carlota es bastante hermosa para ofuscar a todas las bellezas rusas sin recurrir a esos encantos ficticios de tocador, que solo se han inventado para las feas.

Carlota, irritada con los diversos pensamientos que cruzaban por su mente, hecha un fuego levantó los ojos, y arrojando sobre Teodoro una mirada despreciativa, exclamó con indignación:

- Calla, calla, tus necedades me hacen mal... ¡mamá! ¡mamá! Voy ahora mismo al tocador... Ven Paulina, ven pronto—y abriendo con despecho la puerta del salón desapareció con la rapidez de un rayo.
- He ahí —dijo con seriedad Mma. Cronstad—, he ahí lo que te he dicho tantas veces, Carlota encierra un carácter fuerte y noble en un alma angélica y bondadosa: ¿a qué pues ofender su orgullo? Su rostro tenía una expresión de cólera terrible, y mucho temo, Teodoro, que tus lisonjas hagan parecer a Carlota menos bella a los ojos de Lewis.

Doña Margarita desapareció lentamente por la galería donde estaba situada la habitación de Alberto, al que llevaba de la mano.

- ¡Habrá gente más incomprensible! —exclamó Teodoro estupefacto con los dos chubascos que acababa de sufrir— ¡mi madre que nunca me ha

reprendido hasta ahora! ¡Y mi hermana que parecía tan angélica! ¡Voto a...!

Y se paseaba furioso por el salón como un niño mimado a quien reprenden por primera vez.

Dieron las nueve. Abriéronse con precipitación las puertas del salón, y Mma. Cronstad se adelantó, apoyada en el brazo de Lewis, vestido de toda ceremonia. Seguían detrás dos criados con bombas de cristal azul para alumbrar el cielo raso, que velaban las ventanas con cortinas de gasa blanca y azul y, colocando sobre ella vistosos ramos de flores que perfuman el salón con sus dulces emanaciones, se retiraron haciendo las reverencias de costumbre.

Doña Margarita había recobrado la serenidad, y el placer que experimentaba al ver a Lewis la hacía parecer más joven: la multitud de luces que había en el salón se multiplicaban hasta el infinito, reflejando sobre los ricos brillantes que adornaban la frente, los brazos y el cuello de Mma. Cronstad.

Teodoro dio algunos pasos hacia Ricardo, le estrechó la mano con fatuidad, y al fin le abrazó, dándole el nombre de *su hermano querido*.

Por más que Lewis estuviese acostumbrado a la idea de no tener otra esposa que Carlota, por más que su imaginación enferma y fría no se hubiese fijado nunca en otra mujer, sintió una agitación inexplicable al oír aquel nombre de hermano que tanto le halagaba, pero que sin saber por qué le hacía temblar.

Al fin, pensó para tranquilizarse, no la he visto todavía, no escuché aún de sus labios una palabra de amor.

Más tranquilo ya, ocupó un asiento al lado de doña Margarita, refiriéndola sus viajes en tanto que llegaba Carlota.

Pero sigamos a esta a su cuarto de tocador.

Sorprendida su romántica imaginación por un retrato, cuyo original, desconocido para ella, respiraba sin embargo muy cerca de su palacio, interesada en favor de aquel filósofo de amor, al que deseaba ardientemente conocer, la repentina llegada de Ricardo la colocaba en una situación embarazosa, en la que no sabía cuál era lo que le ofendía, y cuál lo que le halagaba. Al oír el nombre de su joven prometido sentía una viva curiosidad de conocerle, admirarle... casi una necesidad de amarle, porque aquel era el que decían que la amaba, el que iba a hacerla feliz, el que tal vez había despreciado por ella las más bellas mujeres

de Europa. ¿Y cómo faltar a todas las consideraciones que le debía faltando a una palabra solemne, palabra que hacía en parte la felicidad de su madre, cuya fortuna amenazaba una ruina lenta pero segura?

Por otra parte, el conde era una quimera, un ideal cuya realidad ni se acercaba siquiera a lo posible; su ilustre cuna, sus riquezas, la ignorancia en que al parecer estaba de que ella existiese, todo debía conducirla a arrojar de sí aquella idea nueva, presentándole a Lewis como el único objeto a donde debían dirigirse sus pensamientos.

A los dieciocho años la pérdida de una ilusión es una enfermedad, y Carlota se sentía convulsa y aun calenturienta.

Colocada frente al tocador, fija la vista en su propia imagen, permaneció largo rato sin dirigir ninguna orden a sus doncellas, que permanecían en pie guardando silencio; un ligero movimiento de Paulina la sacó de su enajenamiento, y volviendo la cabeza, la reprendió agriamente por no haberla vestido al instante. Las dos jóvenes, que veían por la primera vez a su joven señorita con el rostro pálido y los ojos brillantes de cólera, enmudecieron; Carlota les intimó por segunda vez con altanería la orden de vestirla, y las trémulas criadas le presentaron un vestido de gasa blanca, adornado con guirnaldas de flores.

- ¡Ese no! —exclamó Carlota arrancándole de manos de Julieta y arrojándole sobre un sillón—. ¿Por qué no me has preguntado antes qué traje había de ponerme hoy?
- Estabais tan distraída, señorita, que me parecía una imprudencia interrumpiros.
- ¡Ah! ¡Pobre joven! —exclamó Carlota abandonándose a su natural bondad—; he sido injusta contigo... pero... vestidme, vestidme al momento.
- ¿Y qué vestido llevaréis hoy, señorita? —preguntaron a tiempo las dos jóvenes.
- ¡Por Dios! —respondió Carlota confusa al ver reflejado en el espejo su rostro hecho un volcán—cualquiera que no sea ese; un vestido blanco formaría un contraste muy grosero con mi cutis encendido; el de gasa azul será más elegante...más...

Carlota se sintió como avergonzada al recordar que aún llevaba al cuello el cordón de oro con la incendiaria miniatura, y llevo la mano a él como para arrancarle, pero no tan pronto que dejase de cruzarse en los ojos de sus dos doncellas una mirada de inteligencia, que por esta vez solo tuvo por objeto el joven prometido.

A pesar del cuidado que puso en reprimirse, nunca fue Carlota tan insufrible en el tocador; nunca sus pobres doncellas pusieron más esmero en agradarla; sin embargo, sus afanes eran recibidos con desdén, y aún el entendimiento más torpe comprendería a primera vista que pasaba alguna cosa notable en el interior de aquella alma tan sensible y romanesca. Esta joven, que doña Margarita sujetaba más fácilmente que a una débil mariposa, esa joven tan tímida, que temblaba a la sola idea de una reprensión, herida por la primera vez de su vida en lo más vivo de su alma, y viendo ahogadas todas sus ilusiones por la presencia de un esposo prometido que reclamaba su fe, desplegó entonces una energía poco común, acudió a su orgullo, a su palabra empeñada, y se preparó notablemente a la lucha; había tomado una resolución que podía costarle la vida, pero abrazó a dos manos la cruz del sacrificio, con la resignación y el valor de los primeros mártires.

Capítulo II. El baile¹⁰

El salón de baile presentaba un aspecto deslumbrador, en el que se notaba el buen gusto y elevadas pretensiones de doña Margarita, que loca de alegría, como todas las madres que tienen hijas casaderas, iba y venía, y se multiplicaba para hacer los honores de la fiesta, con su habitual y aristocrático buen tono.

Por más que estuviese segura de la belleza de su hija, y del valor que tenía a los ojos de todos la sin igual modestia y recogimiento de esta hermosa niña, que tan singular contraste formaba con su bulliciosa madre, había tenido esta el más delicado tino para abrir de par en par las puertas de su salón a todo lo más

¹⁰ La novela apareció publicada sin un segundo capítulo, pasando directamente del primero al tercero. Pudo tratarse de un error de imprenta en la numeración de los capítulos, ya que no parece que la novela esté incompleta. Para evitar este salto del capítulo 1 al 3, en esta edición se ha modificado la numeración.

escogido de la nobleza, siempre que se tratase del sexo feo¹¹, dejándolas entreabiertas, y casi cerradas, a las bellezas rusas, siendo las pocas que concurrieron al baile de una hermosura apenas mediana, si se exceptúa la condesa Willemina que, deslumbradora con su hermosura más que con sus espléndidos diamantes, era sin duda alguna la más hermosa mujer que encerraba Kiof en su recinto.

Solo la supremacía de Willemina ejercía en la ciudad, y sobre todo los cuantiosos créditos que tenía contra la casa de Cronstad, podían haber determinado a una madre como la de Carlota a invitar a la condesa; pero al fin, pensaba doña Margarita para sí; Ricardo, aunque rico, no se atrevería nunca a levantar sus ojos hasta una condesa millonaria, y por cuyas venas corría sangre de príncipes. Cuando Carlota apareció en el salón, hermosa, elegante y apoyada en el brazo de Teodoro, todas las miradas se fijaron en ella, reina de aquella fiesta improvisada, y hasta la condesa Willemina, despojándose de su habitual orgullo, se levantó para abrazarla como lo hubiera hecho con una hermana, porque como cada uno juzga de las cosas de este mundo como mejor le parece, la condesa creía que entre las bellezas debía existir siempre una simpatía casi fraternal.

¡Ay! ¡Su superioridad en hermosura como en numerario la habían puesto a cubierto de los celos!

Doña Margarita se adelantó a recibir a Carlota con el corazón palpitante de alegría, pero notó en su rostro una descomposición extraña que se esforzó en vano en explicar, afirmándose más y más en que las palabras de Teodoro eran la sola causa de aquella rápida mudanza.

Preocupada con la idea de que Ricardo no la encontrase bastante hermosa, la tomó de la mano y se la presentó, encareciéndole con fatuidad lo mucho que debía influir en el rostro de Carlota la agitación del paseo, y cuanto más bella parecía siempre con su vestido de negligé.

- ¡Oh, señora! —le dijo Ricardo deslumbrado—, ¡esta señorita es un ángel!
Carlota se puso encendida como una granada.

¹¹ Simón Alegre (2021) apunta que el periodista Antonio Ambroa señalaba que el «sexo feo» era el masculino, asociando la expresión a los rasgos estereotípicos negativos asociados a la virilidad en su artículo «Crónica parisiense», publicado en *El Álbum Ibero-Americano* el 30 de septiembre de 1899, en la página 422.

- Poco a poco—exclamó Teodoro acercándose y abrazándola—, este angelito acaba de echarme una reprimenda con toda la acritud de una solterona vieja, y mamá, que como se dice vulgarmente, ve el sol por sus espaldas, se empeña en que su mal humor...
- ¡Bah! ¡Necedades! —dijo azorada doña Margarita deshaciéndose en guiños—. Venid, venid, Ricardo.

Y apoyándose en el brazo de Lewis se dirigió al sofá, dónde indicó a Carlota qué tomase asiento.

- ¡Imbéciles! —pensó Carlota, dominándolos con una mirada llena de dignidad, que hizo callar repentinamente a su madre y a su hermano.

A poco tiempo después rompió el wals. Entonces fijó por la primera vez sus ojos en Ricardo, y ya fuese verdad, o bien efecto de su mal humor, en aquel momento no encontró en él aquella simpatía de las almas gemelas, aquella mirada que penetra hasta lo recóndito del alma, y borra en ella todas las demás imágenes. Sin embargo, los ojos de Lewis eran fríos y azulados como la niebla de las montañas, pero estaban fijos en ella con una adoración inexplicable; sus manos pálidas y enfermizas, se estremecían de placer al estrechar la delicada cintura de Carlota en las provocadoras vueltas del agitado wals, y la pobre joven, conmovida con sus amorosas y tímidas expresiones, que revelaban un alma novicia y llena de poesía, sintió al fin hacia él ese amor compasivo, inexplicable, que a veces es tan poderoso como el amor mismo.

La música, el brillo de los trajes y de los diamantes, los perfumes de las flores, y las confianzas a media voz forman siempre una atmósfera favorable para inspirar amor a los corazones románticos, y naturalmente apasionados. Carlota fue cediendo poco a poco a la influencia magnética que la dominaba, y concluyó por creer a ciegas que aquel sentimiento era el amor, y que había juzgado muy a la ligera cuando no encontrara simpatía en su joven prometido.

Contenta, graciosa, casi feliz, seguía Carlota bailando, entregándose de lleno a todas las ilusiones de su porvenir, cuando al dirigir casualmente la vista al sofá que ocupaba su madre, distinguió a su lado a Nicolás, que acababa de presentarle uno de los dos ramos de flores que tenía en la mano.

Carlota sintió que su corazón daba dos golpes por cada respiración, y quiso desfallecer, pero se empeñó en seguir bailando.

- ¡Dios mío! —exclamó Lewis asustado. ¿Qué tenéis? Os vais sofocando por momentos... ¿queréis descansar?
- No, no... seguid... no es nada.
- Pero si tembláis... descansad algunos instantes, por Dios.

Carlota estaba casi sofocada, y se dejó conducir hasta el sofá que ocupaba su madre, donde se sentó al lado de Nicolás, que la miraba con asombro.

- Tomad, niña —dijo ofreciéndole un precioso ramillete de flores naturales. Carlota no contestó, porque no hallaba palabras que decir; el salón daba vueltas en derredor suyo como un molino de viento.

“Yo creía, —pensó para sí la joven—, que había encerrado su recuerdo en mi tocador, pero encerré solo la miniatura.”

Las lágrimas se agolpaban sin querer en sus ojos, pero las contuvo haciendo un esfuerzo supremo.

Lewis se había separado algunos instantes para saludar a sus amigos.

La condesa Willemina paseaba entonces por el salón apoyada en el brazo de un gallardo coronel de húsares.

Carlota se esforzó en sonreírse, y empezó a tomar parte en la conversación de su madre con Nicolás.

La condesa Willemina se paró un momento a pocos pasos de Carlota, y fijó sobre ella una mirada casi humillante. Aunque Lewis no fuese lo que se llama un buen mozo, la condesa acababa de experimentar por él uno de esos caprichos de mujer del gran mundo, y su simpatía hacia la belleza se había convertido en odio. Sentía celos.

- Os juro, coronel—dijo con energía—que apuesto una cacería a mis bosques, y veréis cuán pronto se dispone la partida.

Carlota, herida por aquella mirada, presentaba una atención palpitante a la menor de sus palabras.

- ¿Pero no veis que ya es tarde? —dijo el coronel señalando con la vista a Carlota que, llena de rubor, no se atrevía a levantar la vista del suelo.

- ¡Bah!, soñáis... ¿tarde para mí? Nunca me había convencido hasta ahora de que la táctica del amor y de la guerra estaban en oposición.

Carlota lo siguió con la vista experimentando una sensación que no podía explicarse. La música volvió entonces a sonar, y la condesa célebre por su

hermosura, por su riqueza, y sobre todo por su desenvoltura, se acercó a Ricardo, le ofreció la mano, y le arrebató por decirlo así, entre los violentos compases de un wals de Strauss.

Sorprendido con aquella inesperada invitación, Ricardo cedió de pronto a la fuerza que le arrastraba, pero repuesto apenas de su sorpresa, se desprendió cortésmente de los brazos de la condesa, diciéndole con dulzura:

- Perdonad, señorita; yo os agradezco el alto honor que me habéis hecho, pero estoy bastante fatigado... la llegada... la....

Colocó a Willemmina en un sillón, y corrió con entusiasmo a colocarse al lado de Carlota.

- ¿Lo habéis visto, vida mía? —le dijo con acento en que se traslucía el amor más puro.
- Sí...sí... lo he visto, sois mi mejor amigo... mi... querido Ricardo —se apresura a decir Carlota.

Ricardo se levantó; era la primera frase que había oído de boca de Carlota que pudiese indicar amor; estaba ebrio de gozo, y loco, y feliz, fue a respirar un momento fuera del salón.

Doña Margarita estaba fuera de sí, no cesaba de hacer guiños a Nicolás señalándole a Carlota, y de repetir una y mil veces a Teodoro las gracias y perfecciones de Lewis.

- ¿Con que al fin le amáis? —dijo Nicolás a Carlota en voz imperceptible.
- Sí, le amo... le amo—respondió ella con serenidad.
- ¡Ah! —replicó el anciano con amargura—. Yo esperaba que tal vez... perdonad... nunca os vi tan buena y tan hermosa como en el momento de perderos... amáis... os aman... ¡qué feliz sois!
- Le amo, le amo—respondió Carlota, sofocando el latido que se levantaba en su corazón.

El baile continuó, a pesar de haberse retirado la condesa muy temprano, y Carlota fue, en aquella noche temida, la reina del sarao.

Después de que se vio sola en su cuarto le pareció que sentía frío, que temía sin saber qué, y concluyó por hincarse de rodillas ante una imagen del Salvador.

Sus manos cruzadas, sus ojos fijos en el Cristo, y el movimiento de sus labios, pálidos y casi yertos, simulaban la oración, pero Carlota no regresaba; su

imaginación se extraviaba hasta el infinito, y volvía siempre al salón que acababa de dejar.

- ¡Dios mío! —exclamó al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí misma—, ¿cómo no amar al que nos ama? ¿Cómo hacerle infeliz? ¡Ah, no! ¡le amo! ¡le amo!

Y como si hallase un obstáculo interior, echó a llorar, murmurando con voz entrecortada por lágrimas: «le amo, le amo.»

Capítulo III. La prueba

Todos dormían profundamente fatigados por el baile y las agitaciones de la noche anterior; el sol que sigue majestuosamente su curso sin cuidarse de las penas ni de los placeres en nuestro mísero globo, se presentó radiante en el horizonte, y cubrió la parte oriental de la ciudad de una claridad vivísima, reflejando sus encendidos rayos sobre las florecillas silvestres que esmaltan la verde llanura que la rodea por este lado. Abrióse lentamente una pequeña puerta de cenador del palacio de Cronstad, y apareció en el jardín Carlota, blanca como la muselina de su vestido blanco, triste como un rayo de sol de otoño velado por la niebla.

- ¡Guillermo! ¡Guillermo! —exclamó dirigiéndose al anciano jardinero que empezaba entonces a trabajar.

Guillermo levantó su pequeña cabeza, cubierta de cabellos blancos y, apoyándose en el azadón, se quedó estupefacto al ver delante de sí a su joven señorita, a quien no había visto nunca tan temprano.

- Guillermo—repitió Carlota, poniendo un dedo en la boca—, permitidme salir... volveré pronto.
- ¿Salir? ¿Pero a dónde, si apenas a las nueve y cinco?
- A la quinta de Arcelia... el camino es corto... ¡Oh! ¡No sabéis el placer que me causaría este paseo!
- Señorita, ya conocéis mi fidelidad a toda prueba, y bien sabe Dios que cada lágrima vuestra me cuesta una hora de tristeza, pero dejaros ir así... sola... bien veo que el camino es corto, pero guía a mal paraje.

- ¿Qué queréis decir, buen Guillermo?
- Quiero decir que cuando la señora, que Dios guarde, echa el ojo a alguna persona no será sin motivo, y que precisamente me ha encargado evite por cualquier medio que veáis a la señorita Arcelia.
- ¡Ah! Es que mamá quiere ser infalible como el Papa... no sé por qué ha concebido un odio casi feroz contra la pobre Arcelia... ¡que me ama tanto!
- Sí, sí, porque os hace cariñitos y os besa como un Judas, ¿Os ama?... Vamos... una joven hermosa y casi pobre amar a otra hermosa y rica... cuento... cuento.
- ¿Pero es posible que mi madre os haya encargado que no me dejéis salir? —replicó Carlota bastante picada—. ¿Acaso estoy aquí prisionera?
- Os digo señorita que no iréis—respondió Guillermo con la dulzura de un criado antiguo que muere fiel a su consigna.
- ¡Sois bien cruel! —murmuró Carlota con voz entrecortada por los sollozos. Arcelia se levanta antes de salir el sol... sería yo tan feliz con abrazarla... y vos vais a privarme de este placer, ¡a mí que no tengo un amigo!

Guillermo la miró con un sentimiento casi paternal, y enjugó con el dorso de su mano dos lágrimas que rodaban por sus mejillas llenas de surcos.

- ¡Qué diablo! —murmuró al fin casi enternecido—, yo no soy más que un criado que nada puedo hacer... dentro de pocos días seréis ya dueña de vuestras acciones, sin que los criados se opongan a vuestros deseos.
- ¡Dueña de mis acciones! —repetía Carlota maquinalmente—. ¡Dueña de mis acciones, cuando voy a perder mi libertad, mi querida independencia! ¡No! ¡No! ¡Por Dios, buen Guillermo, dejadme salir: yo os juro que volveré antes que mamá se haya levantado... yo soy una débil enredadera que necesita al arrimo del cedro... este matrimonio es para mí la felicidad, pero dejadme partir... me quedan tan pocos instantes que consagrar a la amistad de Arcelia... ¡Por Dios! ¡Por Dios!...

Cruzó las manos y dirigió al anciano jardinero una mirada encantadora, que el pobre hombre sacó del de su bolsillo una llave, y dijo por respuesta:

- Vuestra palabra, señorita. ¿Volveréis pronto?
- Os prometo que estaré aquí a las nueve.

El anciano le entregó la llave, con la que abrió Carlota la puerta secreta, y salió corriendo por la alegre campiña, jugueteando como una niña con su blanco falderito, que parecía un copo de nieve sobre una rica alfombra de raso verde.

El sol daba a las gotas de rocío todos los colores del prisma; pero Carlota lo veía todo oscuro y triste, como su alma.

El sol iluminaba la campiña con ese reflejo matutino que en ningún pincel supo reproducir, ni lira alguna supo cantar.

Carlota lo veía todo a través de una niebla densa y pesada, como la que envuelve la tierra en la hora del crepúsculo.

Después de haber andado algún tiempo, se detuvo para coordinar sus ideas.

- ¿Por qué me agito? —se preguntaba a sí misma la pobre niña—. ¿No sigo sin replicar el camino que el cielo me presenta?

Y a la verdad, Carlota seguía firme en su resolución con el juicio de una persona de cuarenta años.

¡Pobre Carlota!

Seguía sola el camino de la quinta, ora derramando lágrimas que devoraban su alma, ora cediendo a su carácter infantil, corría como una loquilla en pos de Bristol, llenándole de mimos y caricias.

Quería, sí, deshacerse de la peligrosa miniatura devolviéndola a Nicolás aquella misma tarde; pero antes le parecía tan dulce confiar a su amiga todas las penas que la agitaban desde la tarde anterior. ¡Era tan pura y desinteresada la amistad que las unía! ¿A quién mejor que Arcelia podría ella referir todas las sensaciones de su alma, cuando Arcelia era el drama personificado? ¡Cuánto se complacía en pensar que iba a referir todos los pormenores de aquella pasión efímera, que ellas habían forjado tantas veces en su imaginación!

El sol penetraba ya en los puntos más altos del valle, extendiendo por la falda de las colinas su mano de oro, salpicado de flores, y mintiendo un diamante en cada chispa de cristal, y arroyos de fuego en las beatas de cuarzo que salpicaban las quebraduras de la roca.

Los labradores empezaban a aparecer en los campos, entonando alegres las canciones nacionales y semi bárbaras con que amenizaban su trabajo.

Carlota los miraba con envidia: aquellos hombres robustos y envejecidos prematuramente por un trabajo desmedido; aquellas mujeres medio desnudas

que comían un pan negro al pie de sus pintadas vaquitas, ¡cuán felices le parecían con su barbarie, su desnudez y su libertad salvaje, que jamás encadena el corazón!

A pesar de la velocidad con que caminaba nunca le pareció tan largo el camino de la quinta. A medida que se acercaba sentía su corazón latir con una alegría melancólica, y más de una vez sacó de su seno la hermosa miniatura para contemplarla un solo instante antes de perderla para siempre.

Cuanto más bellas se le presentaban las facciones del conde, tanto más noble le parecía la acción de alejarle de su memoria, y esperaba con ansiedad la visita de Arcelia para que aliviarse con el dulce bálsamo de la amistad las heridas que iban a quedar abiertas en su agitado corazón.

Cerca ya del bosque oyó algunos tiros que la alarmaron, pues era tímida como una cervatilla, y acelerando el paso atravesó el pequeño puente, y se internó en el bosquecillo favorito de Arcelia, donde esta salía siempre a paseo al rayar el alba.

Dirigió Carlota una mirada al interior del bosquecillo, y nada vio: la brisa de la mañana agitaba blandamente las hojas de los árboles, produciendo un ruido semejante al vuelo de una banda de golondrinas.

Al verse sola en un paraje tan retirado empezó a temblar, sus rodillas se doblaban, tenían miedo, y tal vez con sus temores de niña hubiera echado a llorar cuando la sorprendió dulcemente la hermosa voz de Arcelia, que cantaba acompañada de un laúd:

- La Bella esposa de Titon levanta su cándida cabeza de las blancas espumas del océano, pero el cazador del bosque la ha precedido. Al primer Rayo de sol brillan los dorados arneses de su blanco corcel, fatigado ya de correr por los valles y las colinas. La luz forma caprichosos reflejos en la verde y rica esmeralda que sujeta las negras plumas de su sombrero... ¡Salud, salud al cazador del bosque!

Carlota dio algunos pasos, y distinguió a Arcelia sentada al pie de una fuentecilla que, convertida después en arroyo, serpenteaba entre los árboles.

Carlota creyó ver en ella una de las cantoras de la antigüedad: su frente parecía inspirada por el genio, y había en sus ojos, desmesuradamente abiertos, una llama que fascinaba.

Respuesta ya de su temor, amante de las sorpresas, Carlota se ocultó entre el follaje y prestó atento oído a la canción de Arcelia, que prosiguió:

- La bellorita silvestre ostenta sus hojas estrelladas al primer rayo matutino. El cazador del bosque es más bello aún; los bucles que caen en desorden sobre su frente son más negros y brillantes que el ébano, sus verdes botines están cubiertos de botones de oro, donde miente la luz mil formas caprichosas... su corazón es ardiente como el de Etna. ¡Salud, Salud al cazador del bosque!

Carlota, que no perdía una palabra de la canción de su amiga, empezó a sentir una inquietud que en vano trataba de explicarse. Aquella canción, lejos de ser una idea vulgar, y sin objeto, parecía estar encaminada a su ser, a una realidad hermosa: ¡parecíase tanto a la voz del alma cuando piensas y habla sola!

Carlota sentía un malestar que se aumentaba por momentos, e iba ya a precipitarse en brazos de su amiga, cuando esta se puso en pie, tomó su laúd, y cantó a media voz, fijando en las aguas del arroyo una mirada vaga y llena de amor:

- El vuelo de la golondrina, que bate sus alas en los cristales de mi ventana, produce en mí una sensación dulce, qué hace cerrar mis párpados; todos mis ensueños se alimentan con la llama que consume mi alma. ¡Salud, salud a cazador del bosque! Las aguas del arroyo que corre en mis pies, los perfumes de las flores, el canto de las aves, todo lo que me rodea, murmura con esa voz que Dios ha dado a la naturaleza para expresar su amor. ¡Salud, salud a cazador del bosque!

Y Arcelia echó a andar lentamente hacia la quinta, fijando en el horizonte su mirada vaga y perdida.

Carlota corrió hacia ella y se arrojó en sus brazos. Sentía una congoja que la ahogaba, y no pudiendo expresar el objeto de aquella visita desusada, empezó a llorar.

Al verse sorprendida arrojó Arcelia un grito asustadizo, y abrazó a Carlota con cierta expresión de reserva, que aquella no echó de ver a causa de su agitación creciente.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes la pobre niña no pudo menos de extrañar que Arcelia, cuyo semblante agitado revelaba alguna emoción fuerte, no le preguntase siquiera la causa de sus lágrimas.

- ¡Dios mío! —exclamó con acento de dulce reconvención—. ¡Si habré tenido la desgracia de perder tu amor!... No he podido venir, tú lo sabes; ¡pero te amo tanto! ¡tanto! Yo venía... yo creía... ¡Ah, hoy necesito más que nunca de tu amor! ¡Óyeme! ¡Arcelia! ¡Óyeme!
- ¡Carlota! —respondió Arcelia procurando sofocar su inquietud—. Sí, yo te amo, pero estaba así... sola... y mi alma padece... ¿pero olvidarte yo? ¡Ah!, no... siéntate aquí sobre mis rodillas, yo no puedo adivinar el motivo de esta visita en esperaba... ¿cómo vienes así?... Sola...

Carlota callaba retenida por un vago temor.

- ¿Callas? ¿Ha roto ya tu corazón los lazos que lo unían al mío? ¿Y eres tú la que me acusas de injusta?... Habla, habla, mi cariño no puede soportar la duda...

Carlota la estrechó contra su corazón, y le refirió en pocas palabras su aventura con Nicolás, su romántico amor al conde, la llegada de Lewis, esa firme resolución de alejar de sí la peligrosa miniatura que tanto inflamaba su apasionado corazón.

Arcelia callaba, pero su semblante había sufrido una terrible revolución; en sus ojos hinchados por la cólera, y en sus miradas envenenadas, y en el temblor mal contenido que agitaba sus miembros, hubiérase conocido fácilmente el mágico efecto de los celos.

Carlota, confusa y avergonzada por la revelación que acababa de hacer, permanecía cabizbaja, fijos los ojos en el arroyo que corría mansamente a sus pies, vio con admiración retratada en el puro cristal de las aguas la súbita alteración que brillaba en el rostro de Arcelia.

Aquella alma pura y sin doblez quiso en vano explicarse la causa de una mudanza repentina, y no sabiendo a qué atribuir su silencio, la abrazó con ternura suplicándole que le prestase su apoyo para seguir con firmeza el espinoso camino del deber.

- ¡Ah! —exclamó Arcelia furibunda, rechazando involuntariamente a Carlota—. ¡El Conde de Kiof!... ¡Nunca! ¡Te desprecia! ¡Te odia!

Carlota asustada empezó a temblar.

- ¡Escucha! —prosiguió Arcelia con frenesí—, ¡escucha! ¡Tú le amas! ¡Le amas!

Y lanzaba sobre Carlota sus miradas amenazadoras, que la fascinaban como la mirada de la serpiente.

Carlota sintió que aquella mirada penetraba hasta el fondo de su corazón, como la hoja fría de un puñal, y no tuvo fuerza para responder.

- ¡Sí!... —replicó Arcelia—, le amas, pero yo voy a destruir esa ilusión que puede conducirte al deshonor, al oprobio... ¿Sabes quién es el conde? ¿Sabes quién es Nicolás? ¿Sabes cuáles son sus infames designios?

Carlota meneó tristemente la cabeza.

- Pues bien, yo arrojaré de tu corazón el recuerdo de ese hombre impuro... él ha jurado que Carlota Cronstad aumentaría el número de sus queridas... Sí... ¡Las visitas de su infame criado no tiene más objeto que seducirte!

Carlota sintió correr por sus venas el fuego del amor propio ofendido, y su rostro tomó una expresión tan noble, tan llena de dignidad, que hizo ruborizarse a la misma Arcelia. Aquellas palabras acababan de destruir en su corazón todo el interés que le había inspirado el filósofo de las almas gemelas, cuya teoría había bebido con tanta fe; solo veía en él a un monstruo inmoral, y en Nicolás a un ser más vil todavía, respirando cinismo bajo el manto hipócrita de la amistad.

Miraba a Arcelia con ojos turbados, como si estuviese todavía bajo la impresión de un sueño doloroso que su corazón no podía soportar, y cediendo al horror que causaba la joya que llevaba sobre su pecho, arrancó precipitadamente el cordoncillo de oro, y echando la última mirada sobre la hermosa miniatura, exclamó con el acento de dolor más amargo:

- ¡Oh, la miseria del corazón humano! ¡Imposible parece que Dios haya prestado al vicio una máscara tan hermosa!

A la vista de aquel talismán de la discordia, la tempestad que se levantaba en el alma de Arcelia estalló con violencia.

Sus labios arrojaban espuma; lanzó una mirada llena de rabia a la inocente Carlota, y arrojándose con furor sobre el retrato que aquella estrechaba todavía

convulsivamente, arrancó la mitad, y se apoyó con despecho contra el árbol, devorando la miniatura con sus ojos de fuego.

Al ver aquel exceso de cólera que revelaba todo el drama interior de aquel corazón abrasado por los celos, sintió Carlota iluminarse su mente por una ráfaga de luz que le presentaba ya los objetos con más claridad, pero no menos alarmantes para ella.

Miró fijamente a su amiga, y sorprendió en sus ojos un furor que la hizo temer por su vida. Con esa velocidad inexplicable que ostenta en ocasiones el pensamiento, midió de un solo golpe la pasión insensata de Arcelia, sus furiosos celos, y empezó a preguntarse a sí misma... ¿Me matará? ¿Me matará?

La cólera de una mujer celosa es más temible que una espada de dos filos. Carlota no se movía, no hablaba, no respiraba, pero tenía miedo.

¡Oh, era una escena digna del mejor drama la que representaban aquellas dos jóvenes solas en medio de un bosque, rodeadas de todas las bellezas de la naturaleza, envueltas entre los perfumes y las armonías de la aurora! Carlota, pequeña blanca y rubia como un serafín, estaba inmóvil sobre su compañera. Su mano extendida con la mitad de la miniatura, el ramo de rosas naturales que adornaban sus cabellos, y que simulaba una aureola suspendida sobre aquella cabeza de virgen, la hacían parecer una hermosa estatua de la inocencia. Arcelia, alta, morena, con cabellos negros, ojos árabes, y unas facciones alteradas por la cólera, parecía dominar la infantil figura de Carlota, como el águila sobre su presa.

En esas mismas facciones había una energía que revelaba un alma noble en su creación, pero corroída por las pasiones. A sus pies estaba la mitad del retrato que acababa de despedazar hasta el infinito para satisfacer su cólera.

Largo rato hacía ya que duraba esta escena muda, cuando se movieron fuertemente las hojas de los árboles. Ambas rivales volvieron la cabeza con ansiedad, y dirigieron sus miradas al mismo punto: ambas se arrojaron un grito al ver adelantarse al conde de Kiof, seguido de Nicolás.

El semblante del conde tenía una expresión de cólera terrible, sus labios trémulos apenas podían balbucear una frase que no fuese una imprecación.

- ¡Infame! —exclamó al fin, arrojando sobre Arcelia su mirada furibunda—. ¡Corazón vil, exento de todo sentimiento de delicadeza, sois indigna de respirar el aire que respira Carlota!

Arcelia, cobarde como todas las almas bajas donde se anida la calumnia, se cubrió el rostro con las manos, y quiso huir.

- ¡Eso no! —gritó el conde deteniéndola fuertemente por el brazo—, ¡no os iréis así! Retractad todo lo que habéis dicho a ese ángel para seducirle; liberad su corazón del peso con que vuestra infame calumnia lo ha oprimido... ¡Yo seducir a la joven más pura de la Rusia! ¡A la que Nicolás me acaba de pintar como a una santa!

Carlota empezaba a respirar con más libertad, y fijaba en Arcelia una mirada llena de compasión; comprendía su miseria y la perdonaba.

- ¡Ah! —prosiguió el conde con vehemencia—, ¿por qué no la has conocido antes? ¿¡Por qué vuestra habilidad en la caza ha enderezado alguna vez mis pasos a este sitio!? ¡Víbora! ¿Calláis aún? Hablad, Arcelia, ¡hablad! Quiero una reparación de vuestro labio... la quiero... la necesito. ¡Hablad pues!

El conde estaba frenético; sus labios arrojaban espuma de cólera, y al contemplar la dulce serenidad que sus palabras devolvían a las lindas facciones de Carlota, al pensar que aquel ángel hermoso pudiera aborrecerle un momento, merced a una atroz calumnia, sus músculos sufrían una contracción horrible, y lanzaba sobre la trémula Arcelia miradas que revelaban un corazón resuelto a emprenderlo todo para justificarse.

Carlota se atrevió a levantar sus ojos hasta el rostro del conde, y aquella mirada templó su enojo, como se calma el fuego con el agua.

- Calmaos —le dijo con una voz que resonó en el oído del conde como una dulce melodía—; no consentiré que llenéis así de recriminaciones a una joven que ha hecho por mi amistad costosos sacrificios... Tal vez su buen afecto la ha hecho ver un peligro donde... ¡Ah! ¡No os alteréis, por Dios! —añadió acercándose más al conde, cuyo semblante empezaba a nublarse de nuevo—; no por eso creo culpable... no... si vuestro acento es de verdad, si el fuego de vuestras palabras no bastase para tranquilizarme, la silenciosa alegría de Nicolás me restituye

completamente la calma, y me indica la confianza que debo tener en vos...

El conde estaba ebrio de gozo al escuchar aquella voz celeste; su corazón acababa de experimentar una de esas emociones que duran tanto como la existencia; una de esas pasiones que matan casi siempre la organización por fuerte que sea.

- ¡Miseria humana! ¿Dónde está el decantado poderío del hombre? ¡Pobre rey de la creación!
- Sí —prosiguió Carlota con entusiasmo, y atreviéndose a mirar fijamente a aquellos ojos magníficos—. Mi corazón me devuelve con alegría el crédito que antes gozabais en él. Pero no insultéis a un ser débil que no puede defenderse... ¡Conde! ¡Conde! ¡Insultar a una mujer! ¡Ah! ¡En el corazón que se deja arrastrar a tales extremos no puede habitar la virtud!

El conde bajó los ojos, avergonzado al verse reprendido por una niña sin experiencia, y los levantó de nuevo, fijando en ella una mirada que no nos es dado traducir, porque no hay frase alguna rusa y española que abrace su expresión: su porvenir no tenía ya más que un objeto único.

Carlota acababa de ver de cerca, real, hermoso, fascinador, el original de la peligrosa miniatura. Carlota, que había acogido con amarga alegría a la odiosa calumnia que le daría fuerzas para seguir con más ánimo la triste senda que, sembrada de venenosas flores, le marcaba el destino, fuera de sí al verse respetada y adorada. ¡Oh, el conde la adoraba! Era un amor naciente, pero que se había hecho gigante en pocos minutos, comprendía perfectamente aquella mirada. Carlota, decimos, cediendo al encanto mágico que la seducía, dejó asomar a sus labios una sonrisa celeste, dejó asomar a sus ojos una lágrima ardiente, silenciosa, que brotaba del fondo del alma, como esas gotas brillantes que asoman lentamente por entre los espinos de la zarza-rosa, y que revelan un manantial desconocido.

Confusa, llena de vergüenza al recordar el nombre de Lewis, se volvió maquinalmente hacia Nicolás tendiéndole la mano, como quien busca un apoyo, pero su cabeza se extraviaba; su corazón quería salirse del pecho; el canto de las aves que se columpiaban en las ramas, el murmullo de las hojas agitadas por la dulce brisa de la mañana, todo murmuraba en torno suyo: amor, amor.

Eran dos almas gemelas que se habían comprendido en un segundo.

Capítulo IV. La separación

¿Pero qué había hecho Arcelia? ¡Ay!, aquella defensa la humillaba, la hundía. La que debiera aborrecerla y complacerse en verla confundida abjuraba todo resentimiento y rogaba por ella.

Aquel rasgo de verdadera caridad hizo llegar al corazón de aquella amiga perdida y envidiosa un arrepentimiento sincero que le arrancaba lágrimas amargas de desesperación.

¡Cuánto hubiera querido volver a recobrar la estimación de Carlota! Pero esto era imposible; ella conocía en la serenidad de su amiga que la perdonaba, pero que no podía amarla, y aprovechándose del momento en que Carlota se volvía hacia Nicolás, desapareció por una de las alamedas, y fue a ocultar su vergüenza en el fondo de su gabinete, donde no quiso recibir a nadie en todo el día.

- Ahora que todo está ya justificado —dijo Carlota ruborizada al verse sola con el conde y Nicolás, ya nada tengo que hacer aquí; vamos, Bristol, vamos, mi pobre falderito —añadió tomándole cariñosamente en sus brazos.

El animalito lamía suavemente su blanca mano y la llenaba de caricias.

Carlota se volvió cortésmente hacia el conde, como si quisiese hablar, pero no supo qué decir: su boca no podía pronunciar un adiós, que le parecía ser el último.

Hizo un esfuerzo para sonreírse, estrechó convulsivamente la mano de Nicolás, y echó a andar lentamente por un bosque, volviendo la cabeza, como si una fuerza irresistible la retuviese en aquel sitio.

El conde, que no apartaba un momento sus ojos apasionados de la joven Cronstad, sintió que su corazón experimentaba un vacío inmenso a medida que ella se alejaba; miró fijamente a su ayo, que hartó bien la comprendiera, y adelantándose rápidamente hacia ella, exclamó con un acento tiernísimo:

- ¿Me aborrecéis todavía, Carlota? ¿Habéis perdonado al que nunca profanó vuestro hermoso nombre? ¿Creéis todavía...?

- Señor —murmuró Carlota deteniéndose—, ¿aborreceros? ¡Ah, no! No he nacido yo para aborrecer... pero dejadme, por Dios, dejadme ir... no creo, no he creído jamás en vuestra calumnia, pero mi corazón sufre con tantas emociones a la vez... la falsedad de Arcelia a quien tanto amaba... mi enlace...

Carlota no pudo proseguir, sus labios palidecieron, y las lágrimas se agolpaban en sus hermosos ojos.

- ¡Vuestro enlace! —repitió maquinalmente el conde—; no, no, esa es una fábula inventada por Nicolás para volverme loco.
- Señor —repitió Carlota sonrojándose—, creedme porque le digo la verdad...

Calló y clavó sus ojos en Nicolás pidiéndole ayuda.

- ¡Oh, hijo mío! ¿y cómo hubiera yo hablado de ese enlace si no estuviese a punto de realizarse ya? —murmuró el anciano.
- ¡Mentira! ¡Mentira!
- Calmaos, por Dios... esta niña ha sido prometida desde muy temprano al joven Ricardo de Lewis, que será su esposo esta misma tarde...

El conde no lo escuchaba ya... sus ojos tenían un brillo que tenía algo de febril, su mano buscaba un objeto que, por fortuna, no se hallaba en su tahalí; hubiera asesinado a Lewis si se le hubiese aparecido entonces.

- Calmaos, calmaos, hijo mío, —le dijo Nicolás acariciándole, tal vez es tiempo todavía—... Le he dicho a Carlota todo cuanto hubiera dicho a una hija, yo le he pintado la desesperación de dos corazones que se unen sin amarse, y ella no cometerá nunca un crimen... sí, porque es un crimen arrancar la felicidad a un corazón para dar a otro la desesperación y el odio... ¿no es verdad, Carlota?

El conde se dejó sujetar como un niño; pálido, anhelante, aguardaba de boca de Carlota la muerte o la vida, como un reo que aguarda su sentencia.

Carlota midió de un solo golpe toda la felicidad que podía prometerse de aquel corazón enamorado, todo el brillo que prestaba a una joven hermosa la corona y el rango de condesa, y se estremeció; más allá veía las crecidas deudas de doña Margarita, que el padre de Ricardo había prometido redimir, veía la traición de corresponder a la generosa oferta de aquel hombre honrado, con hacer infeliz

a su hijo único, que la amaba, que había sabido desprenderse de las doradas redes de la poderosa y bella Willemina, y respondió con una firmeza que solo había desplegado la noche del baile:

- ¡Le amo! ¡Le amo!
- ¿Le amáis? —exclamó el conde fuera de sí. Pero... ¿a quién amáis?
- ¡A él... a Ricardo!
- ¡Oh! ¡Imposible!
- ¡Nicolás! —dijo Carlota con acento suplicante—, tened la bondad de acompañarme hasta la ciudad... ¡Oh! ¡Si mi madre supiese que estoy aquí!

Nicolás enjugó Una lágrima que se escondía entre el hondo surco que cortaba su mejilla, y presentó a Carlota su mano trémula con toda la ternura de un padre.

- ¡No, no! —seguía murmurando el pobre conde: ¡un contrato! ¡Un contrato se anula! ¡No! ¡No!
- Conde —dijo severamente Nicolás—, nadie desea más que yo vuestra felicidad, pero dejad a la vida seguir su curso, no acabéis con nuevos pesares la existencia de esa joven... ¡Feliz ella que nada tiene que reprocharse!... ¡Oh! Sí, Seréis dichosa, hija mía... vos hacéis infeliz a mi querido amo, pero Dios os perdonará, porque vuestra abnegación es la de una Santa, —añadió bajando la voz.
- ¡No! ¡No! ¡No le ama! ¡Mentís!
- ¡Conde! —dijo Carlota volviéndose con energía, y mirándole con ojos casi serenos. Heredé de mis abuelos un nombre ilustre, y sabré conservar la ileso... Ningún Cronstad ha faltado a su palabra, y para cumplirla se olvidan de que tienen corazón.

El conde se apoderó de una de sus manos y la cubrió de besos y de lágrimas.

- No lloréis —le dijo afectuosamente Carlota, fijando sobre él una mirada tranquila y consoladora... Sed un hombre fuerte, y hallad las pasiones con los pies... yo no seré nunca más que Mma. de Lewis, pero ocuparéis en mi corazón el primer lugar después de mi esposo... Sí, el primero, ¡os lo juro!... Pero, vos...vos... daréis muy pronto al olvido esta ilusión pasajera.

- ¡Oíd! ¡Oíd! —exclamó el conde, deteniendo por segunda vez a la joven que, acompañaba de Nicolás, había dado algunos pasos para alejarse; ¡Una gracia! ¡Una gracia!

Carlota se detuvo.

- Quiero presenciar vuestro enlace, quiero oíros pronunciar esa palabra que hará mi desgracia, que...
- ¿Y tendréis serenidad para fingir que me veis por primera vez?
- ¡Sí, sí!
- Pues bien... iréis... pero si Arcelia...
- Arcelia —se apresuró a responder Nicolás— sepultará en su corazón esta aventura que la llena de apropió... nada temáis, yo seré vuestro Argos; si alguno de vosotros llora, mi mano enjugará vuestras lágrimas, pero si sois bastante débiles para querer apartaos un momento de la senda de la probidad, mi brazo sabrá separaos con tanta rapidez que no os volveréis a encontrar sobre la tierra.

Ambos guardaron silencio ante aquel anciano pobre y débil, cuyas palabras tenían el acento de los antiguos profetas, y cuyo ascendiente sobre ambos rayaba en el misterioso poder del magnetismo.

El Conde los vio partir con el amargo sentimiento que acompaña siempre a la pérdida de la más bella de nuestras esperanzas. Carlota era para él una de esas ilusiones hermosas que pasan rápidamente en el sueño de la vida, pero que dejan un recuerdo eterno en el corazón. Los ardientes rayos del sol, que abrasaban su cabeza, le hicieron recordar al fin donde se hallaba. Triste y meditabundo levantó la escopeta, miró melancólicamente su elegante vestido de caza, y hecho andar distraído por el bosque murmurando con amargura:

- ¡Ah! ¡No está la felicidad en un vestido de seda!

El filósofo del amor acababa de encontrar de un modo bien amargo la aplicación de su teoría de las almas gemelas.

Capítulo V. La boda

Si hubiésemos de dar crédito a las supersticiosas tradiciones que existen acerca de los días de boda, no hubiéramos de formar muy buen augurio de la de la hermosa joven Cronstad; y sea dicho de paso, que sus jóvenes camareras, la vetusta ama de llaves, y Guillermo el jardinero, habían empezado ya desde muy temprano a formar corrillos, haciendo comentarios, y concluyendo siempre con el antiguo refrán de «es martes y llora la novia.»

En efecto, todo se prestaba a dar colores más negros a la predicación vulgar, pues la menuda lluvia que a manera de neblina envolvía la ciudad, había ido arreciando hacia mediodía, con esa tenacidad propia solo de los días de invierno, y haciendo imposible la vistosa iluminación que Guillermo preparaba en los jardines.

¡Jóvenes desposadas, que habéis interrogado tantas veces vuestro porvenir, en aquel día, el más célebre de vuestra vida, decidme si no habéis sentido como Carlota un frío glacial al ver un día sin sol, un día de tormenta, cuándo esperabais que la naturaleza se revistiese de nuevas galas para adornar vuestra boda; decidme si no habéis derramado lágrimas de vago temor al oír el ruido de la lluvia, y si no habéis recordado a pesar vuestro tenebrosas tradiciones, ¡que os hacían temblar por vuestra vida de esposas!

Carlota, que no había podido descansar un momento después de su entrevista con el conde, que en los dos días que habían de pasar antes de su boda no pudo apartar de su cerebro la idea de que iba a hacer infeliz a Lewis, vio llegar el día señalado para su enlace con una alegría singular, alegría muy similar al delirio, porque pensaba la pobre niña, y pensaba muy mal por cierto, que después de echada ya la suerte, su corazón cesaría de latir por una ilusión que era en verdad no más que un « loco devaneo»: al menos así bautizaba Carlota su pasión, por más que nosotros no seamos por ahora del mismo modo de pensar.

Parecíale que la homeopática noche de julio era todavía demasiado larga, sentía una inquietud vaga, como si necesitase aire, y salió al balcón, deseando ver salir el sol en el último día que le quedaba de libertad.

Carlota, que había salido al campo dos días antes, en aquella hermosa mañana que tan vivo recuerdo dejara en su corazón herido, tenía derecho a esperar que

sus ojos se sostendrían secos y brillantes ante un sol espléndido y deslumbrador, y que su corazón acabaría por adquirir una alegría ficticia cuando se viese rodeada de luz, de aromas y de flores.

¿No había llegado a sentir amor en medio de la embriaguez del baile? ¿Cuánto más halagüeño debía ser para ella aquel día en que era la única reina de la fiesta, en que todos los homenajes y todas las felicitaciones irían solo dirigidos a ella?

El sol que con tanto anhelo esperaba ver aparecer radiante y majestuoso, dorando las altas cimas de la montaña lánguido y perezoso, no quiso dejar el lecho de flores en que prácticamente reposaba, y Carlota vio aparecer una de esas auroras tristes, nebulosas, cenicientas, sembradas de rojas nubes, precursora siempre de la tempestad. ¿No habéis contemplado nunca el amanecer de un día sin sol? Si erais entonces jóvenes y sensibles vuestros nervios se habrán debilitado, vuestro corazón se habrá desfallecido, y vuestros ojos se habrán llenado de lágrimas vagas, pero tristes.

Carlota, que como hemos dicho arriba contaba con una energía de la naturaleza para animar su organización, se retiró a su gabinete pálida, melancólica y distraída, ideando mil planes a cuál más descabellado para presentarse fuerte y risueña ante la sociedad en aquel día privilegiado, en el que era preciso ser feliz, aunque para ello hiciese pedazos su propio corazón.

Al pasar delante del magnífico espejo que decoraba su cuarto de tocador, se detuvo aterrada porque, si sus ojos no la engañaban, la descomposición de sus facciones era tal, que no era posible que pasase desapercibida a los ojos del más indiferente de los convidados.

¿Qué pensaría su madre, qué curiosa y celosa por excelencia, escudriñaba siempre sus miradas, sus facciones, sus vestidos, y hasta el más insignificante de sus adornos?

Carlota tembló, volvió a mirar su imagen en el espejo, y tembló de nuevo. Su tez fina y mate tenía hoy esa transparencia azulada que es peculiar a los enfermos, sus cabellos rubios, naturalmente ensortijados, estaban hoy lacios y casi lisos como los de una inglesa, y sus hermosos ojos, fatigados por el pesar, estaban rodeados de un círculo amoratado que revelaba la fiebre y la vigilia.

¡Ay! «Las penas ocultas que la razón y el deber condenan, no agitan, pero consumen.» ¡Bien conocía el autor de esta sentencia el corazón humano!

Carlota permaneció algunos instantes muda, y como si procurase recordar alguna cosa. Una débil sonrisa vino a iluminar por un momento sus labios pálidos, devolviéndoles todo su esplendor.

Acababa de recordar una caja de cosméticos que su hermano Teodoro le había traído de París.

Con la velocidad y una niña corrió hacia su lindísimo armario de encina ricamente esculpido; lo abrió, sacó la cajita dorada, y la contempló un momento con una expresión particular, que participaba de la curiosidad y del desprecio; después la dejó con indiferencia sobre su tocador, murmurando con amargura:

- ¡Tan dorada...tan linda, y encierra solo el engaño, la mentira! ¡Oh, sociedad! Y yo la acepto... ¡yo voy también a ser hipócrita!, añadió con voz sorda.

Luego se perdió por una galería que comunicaba con la capilla, donde vio los lujosos adornos que estaban recargando el altar de la Virgen; quiso rezar sus oraciones y no pudo; salió al jardín, cogió distraídamente un ramillete de dalias, y luego las deshojó, como hacen los niños cuando se enojan; al fin pensó en su madre, que era para ella el magnetizador que dispone a su antojo del magnetizado, y se sintió más fuerte. Entonces volvió a su gabinete y llamó a Julieta para que la ayudase a vestir.

Pero doña Margarita estaba aterrada; desde una de las ventanas de la galería había podido observar todos los movimientos de Carlota, y era tal su aturdimiento al ver el trastorno de su hija que empezó a temblar por aquella boda, no pudiendo atinar por más que se esforzaba en cuál era la causa extraña de tan raras anomalías.

En vano visitó todos los sitios que había recorrido Carlota, nada vio que pudiese motivar aquel cambio; se encaminó como ella a la capilla, examinó los adornos del altar que estaban preparando para la ceremonia, y no sabiendo ya qué pensar, ni a dónde ir a buscar la solución de su problema, se encaminó al cuarto de su hija.

Es verdad que pasó como un rayo por su mente la idea de que otro amor fuese la causa de todo aquel estrago; pero la desechó como una quimera, porque

Carlota había vivido siempre bajo su tutela, y en punto a espionaje, no debía doña Margarita tener envidia a nadie, ni de este mundo ni del otro.

Carlota estaba entonces a medio vestir, su mal humor había subido de punto, aún mucho más que la noche del baile, y cuando percibió los pasos lentos y acompasados de su madre, despidió a su doncella, y se quedó sentada en un taburete sin levantarse siquiera para recibirla.

Aunque no iba al cuarto de su hija para reprenderla, sino para animarla y colmarla de caricias, no pudo menos de pararse como cortada, al ver aquella falta de respeto en una hija que era la misma obediencia.

Carlota entonaba con voz entrecortada el aria de Lucía, que empieza:

Sur la tombe..., pero sin volver la cabeza.

- ¡Hija mía! ¡Hija mía! exclamó doña Margarita arrojándose en sus brazos, alguna cosa extraña te sucede; ¡habla! ¡Habla!

Por más que la señora Cronstad se gozase en dominar a sus hijos, era una buena madre, y aquel abrazo dio al traste con la indiferencia que Carlota había adoptado por despecho.

Ruegos, caricias, sutilezas, todo lo empleó doña Margarita para hacer hablar a Carlota, pero esta contestaba siempre con tal firmeza, mezclaba tales sonrisas a las lágrimas, que su madre concluyó por creer a ciegas que todo aquel misterio no era otra cosa que esa propensión de las almas melancólicas a creer en brujas, y ese sentimiento que se apodera siempre de la mujer cuando va a cambiar la aureola de Virgen por el velo de desposada.

Abrazó de nuevo a Carlota, le pintó con los colores más vivos los festejos que se preparaban para aquella noche, y la dejó encargándola vestirse pronto, porque Lewis pasaría todo el día con ellos.

Sola ya Carlota, empezó una lucha consigo misma, en la que se propuso emplear todas sus fuerzas.

Era preciso ser hermosa, estar alegre, ser en fin la reina del festín.

- ¡Y lo seré! —exclamó al fin, mirando a todas partes, como temiendo ser oída.

Carlota empezó a vestirse sola, a trenzar sus cabellos formando con ellos lazos de oro, que esmaltó después de flores y diamantes con una maestría propia solo

de la dama del teatro; pintó educadamente sus cejas, sus pestañas, sus pálidas mejillas y sus azulados labios.

Después que concluyó su tocador, echó sobre el espejo una de las miradas de coqueta, que la mujer dirige siempre que sabe que es hermosa a su tocador o a sus admiradores.

Al verse tan hermosa, Carlota se sonrió con la expresión de un ángel, pero bajó los ojos involuntariamente al ver sus hombros y sus brazos desnudos: nunca le habían parecido tan bellos.

- ¡Oh! ¡Me amaré! ¡Me amaré mucho sin duda!, murmuró a media voz.

Bajó al salón, alargó su mano a Lewis con una coquetería encantadora, se apoyó en su brazo para ir al comedor, y le fascinó con su hermosura, con su elegancia, y sobre todo, con su voz insinuante y dulce, como el canto de un ruiseñor.

Lewis la adoraba, la bendecía, estaba loco de amor; pero oprimía su corazón un presentimiento vago, como si hubiese de perder muy pronto aquella dicha.

A medida que se acercaba la tarde, Carlota iba sintiendo que su energía la abandonaba; aunque apoyada el brazo de Ricardo, caminaba con lentitud, y a pesar del colorete, sus mejillas empezaban a perder su brillo.

- ¿Qué tenéis? —le preguntó Lewis cuándo estaban disponiéndose para bajar a la capilla.
- Nada... no sé por qué toda esa nube de convidados me abruma... me sofoca...
- Tenéis razón, querida mía... yo también estoy triste.
- ¿Vos? ¿Y por qué?
- Porque esos convidados, Carlota, son casi todos jóvenes, arrogantes, dignos de vos, y os hallarán muy hermosa, y bailarán con vos... y os amarán tal vez.

Carlota hizo un movimiento imperceptible, y repasó de un solo golpe la fila de convidados, pero no estaban entre ellos ni el conde ni Nicolás.

- ¡Sois un niño! —dijo volviéndose con coquetería hacia Ricardo; haced lo que Dios, que coloca las flores en los jardines para que las admiren todos... ¿pero os entristecéis? ¿De veras? Pues bien, os doy mi palabra de honor de no bailar con nadie más que con vos.

Ricardo estrechó la mano de Carlota con tal expresión de agradecimiento que sus palabras hubieran quedado muy atrás.

Había llegado la hora de bajar a la capilla. Carlota estaba radiante de hermosura: parecía un ángel envuelto en una nube de gasa y de flores; blanco era su vestido de triple falda recogida con camelias de color de rosa, blanco el velo de desposada que, sujeto con un hilo de brillantes a sus cabellos rubios, descendía hasta sus menudos pies, aprisionados en un zapato de raso blanco.

Carlota echó la última mirada sobre la comitiva... No estaba allí.

Empezó a bajar los escalones, y sus piernas flaqueaban como si fuese a caer. A la puerta de la capilla un criado entregó a doña Margarita una carta y una pequeña caja redonda cubierta de terciopelo carmesí.

- Hija mía —dijo la señora Cronstad acercándose a su hija—. Tengo el sentimiento de que nuestro mejor amigo Nicolás no pueda presenciar tu enlace; y no sabes tú, Carlota mía, cuánto te ama ese buen anciano.

Carlota se detuvo, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos azules, como quien interroga.

- Sí, hija mía, añadió doña Margarita guardando en su bolsillo la cajita, el joven Conde se halla gravemente enfermo... Vamos.... Vamos, después te hablaré de esto.
- ¡Enfermo! —murmuró Carlota con una voz perceptible solo para el espíritu... Tenéis razón, mamá, después... hablaremos... ¡vamos ahora!

A pesar del esfuerzo que había hecho para pronunciar las últimas palabras, apenas pudo percibirlas el oído de una madre.

Colocados al pie del altar, Lewis pronunció sus votos con una voz dulce y agitada por la emoción, pero llena de convicción, porque amaba con fe. Carlota pudo apenas pronunciar un sí tímido, oscuro, lleno de tinieblas, porque amaba con duda.

Apenas concluyó la ceremonia, Ricardo condujo a Carlota al gabinete de su madre, y las dejó solas para que, rindiendo culto a una antigua costumbre, llorasen y se abrazasen una y cien veces.

Apenas hubo Ricardo traspasado la puerta, Carlota cayó en brazos de su madre, que se horrorizó al ver su frente cubierta de un sudor frío.

- ¡Cálmate, cálmate, hija mía! —le decía besándola y estrechándola cariñosamente contra su corazón. ¿Te aturdes, hija mía, porque crees que el porvenir te cierra sus puertas? ¡Pobre niña! Tu vida de felicidad, de brillo, de grandeza, ¡empieza ahora! Catorce años tenía yo cuando di mi corazón y mi mano a tu padre, y Dios sabe que nunca me arrepentí.
- ¡Pero ella le dio su corazón! —pensaba Carlota con espanto.
- Vamos, levanta esos ojos, Carlota —prosiguió doña Margarita sonriéndose y entregándole la cajita de terciopelo. He aquí que apenas ha recibido la bendición, y ya tienes aquí el primer presente de boda.

Carlota tomó apresuradamente la cajita y la carta que le presentaba su madre, y leyó apresuradamente.

Decía así:

«Mi querida señora: un suceso triste me priva del placer de asistir al enlace de mi querida Carlota. Mi querido amo y discípulo se halla en cama con una fiebre ardiente. Remito el regalo de boda que el conde destinaba a mi hermosa niña. Vuestro siempre, Nicolás.»

Carlota, trémula y pálida como la muerte, abrió la cajita, que contenía un precioso reloj de oro con las iniciales del conde formadas con gruesos brillantes.

- ¡Pobre conde! —exclamó doña Margarita—, me había escrito ayer suplicándome le permitiese brindar en la boda de la niña de su ayo, y nada te dije para prepararte una sorpresa.
- ¡Pobre conde! —repitió Carlota con una expresión de tristeza imposible de describir.

Y dejó caer los brazos con tal abatimiento, que doña Margarita no pudo menos que preguntarle:

- ¿Le conocías acaso, Carlota?
- No —respondió Carlota haciendo un gesto negativo, como si sus labios se negasen a apoyar su primera mentira.

Ricardo entró en aquel momento, el rubor que cubrió las pálidas mejillas de Carlota la salvó entonces, excusándola de mentir de nuevo.

Con una dulzura encantadora presentó a Ricardo el reloj, al mismo tiempo que la carta.

Hay en los corazones enamorados una sensibilidad tan exquisita que los hace casi adivinos, y a pesar de que doña Margarita se esforzaba en repetir que Carlota no conocía al conde, Ricardo hubiera hecho pedazos el reloj.

- Le llevaréis siempre, porque yo os lo doy —le dijo su esposa, con aquella fascinación que ella sabía muy bien ejercer sobre el pobre enfermo.

Pero aquella vez el enfermo se rebeló contra su voluntad, con aquella energía que prestan siempre los celos.

- No —le dijo devolviéndoselo con dignidad—, nunca se extenderá mi dominio hasta el más pequeño de los objetos que os pertenezcan... yo os dejaré en completa libertad... mi único anhelo es haceros dichosa.

Carlota estrechó entonces su mano con una expresión de gratitud que se confundía con el amor, y mintió cariño y felicidad, como había mentido al responder a su madre *no*.

Una mentira arrastra a las demás.

Y cuando en el torbellino del baile, de la música y de los repetidos homenajes de que era objeto, Carlota sonreía y bailaba sofocando el latido de su corazón despedazado, el mugido del viento y el ruido de la lluvia, que se estrellaba en los cristales murmuraban en su oído: *tempestad, tempestad, tempestad*.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I. Un reloj y una carta¹²

A tres leguas de Kiof se elevaba una magnífica casa de campo, cuya situación riente dominaba todas las aldeas vecinas y el camino real que conducía a la ciudad.

El extenso parque, los patios enlosados y los deliciosos jardines que la rodeaban hacían conocer a primera vista la riqueza y el buen gusto de sus moradores. El mueblaje, así como los demás adornos de la casa, eran a la vez elegantes y costosos, y si todas las comodidades de la vida pudieran proporcionar de alguna manera la felicidad, la familia que la habitaba debía ser de la más dichosas sobre la tierra.

Pero todo lo contrario sucedía en aquella linda habitación; hacía ya dos años que ni un cántico de alegría, ni un baile, ni una sonora carcajada resonaran aquellas lujosas paredes.

El dueño de ella, después de padecer durante largo tiempo una cruel enfermedad, había partido a Italia, donde algunos médicos le habían hecho concebir esperanzas de curación para un mal que él creía, con razón, incurable. Desde el momento en que Lewis abandonó la Rusia, su joven esposa se confinó voluntariamente en el Palacio que poseían cerca de Kiof, con su hijo Arturo y el preceptor de éste, el señor Druil.

Triste, sumamente, era la vida de Carlota, y aunque acostumbrada a vivir los seis años primeros de su matrimonio en una de las calles más bulliciosas de la ciudad, pronto se acostumbró a la soledad de la aldea, porque todo el que sufre desea la soledad, y porque habiendo reconcentrado todas sus esperanzas en Arturo, pasaba los días y los años dentro de las tapias del parque, ocupada solo de la educación de aquel ser, en cuyo corazón quería inspirar el amor a la virtud y el amor al prójimo. A no ser por las cuantiosas limosnas que repartía entre los lugareños por mano del señor Druil, o por la admiración de los paisanos cuando

¹² Este capítulo aparecía sin ningún nombre, llamándose solo «I». Como todos los demás capítulos sí disponían de título, por coherencia, se le ha dado este, evitando de esta forma que fuese el único de la novela que no dispusiera de título.

Arturo salía a hurtadillas por la puerta del parque, hubiérase creído que la casa solo estaba habitada por los arrendatarios, porque ellos eran los que en realidad disfrutaban de todo.

En cuanto a Arturo, era una personificación de su madre cuando niña, con su hermosura cándida y simpática, sus ojos azules y sus cabellos rubios. ¡Ay! Los que hubiesen amado a la madre no podían menos de amar al niño. La señora de Lewis padecía mucho; su imaginación asaz melancólica, tomó nuevas fuerzas con la vida sedentaria, y en algunos momentos de misticismo llegó a creer que los padecimientos de su esposo eran el castigo de las ligeras faltas que había cometido en su juventud.

¿Pero qué faltas serán esas? Carlota, con su alma pura, como la de un ángel, no cesaba de reprocharse su cariño hacia el conde, por más que aquel cariño permaneciese oculto en lo íntimo de su alma; por eso, cediendo a un arrebatamiento de escrúpulo, pronunció ante la imagen de María un juramento terrible, por el que se obligaba a abjurar para siempre aquella unión. Es verdad que a tan terrible prueba el corazón de la joven esposa se oprimió de dolor; pero aquella mujer, fuerte y energética, tuvo valor para luchar sola, sin Nicolás, que la muerte le había arrebatado, sin su madre ni sus hermanos, que se habían trasladado a San Petersburgo, y bloqueada por un amante que para todo se había hecho indiferente, menos para ella, fingió la felicidad, y lo obligó a emprender un viaje desesperado del que no había vuelto aún.

Luego se abandonó en brazos de Dios, y miró el porvenir como un arcano que le estaba prohibido descubrir. Estas agitaciones, estas luchas interiores y solitarias, habían minado su vida y apagado su natural vivacidad. En su carácter sombrío, en sus mejillas pálidas, y en sus ojos cargados de lágrimas, que Arturo enjugaba riendo, nadie hubiera reconocido a la linda y alegre Carlota, conocida por el poético nombre de la *Rosa del Norte*.

Un vestido de lana negra había sustituido a las vaporosas muselinas; sus espléndidos bucles rubios estaban siempre recogidos en un gorrito de encaje adornado de pasionarias artificiales.

En la época que describimos, Carlota había caído en una melancolía peligrosa, y sin los asiduos cuidados del señor Druil, quizás se hubiera aniquilado su salud.

Apoyada tristemente en su brazo, paseaba lentamente por el jardín, llevando siempre de la mano a Arturo: escuchaba los consuelos de aquel buen servidor, anhelando recibir noticias de su esposo, y temblaba sin embargo a todas horas, con la idea de una carta funesta.

Era una hermosa mañana del mes de mayo; la brisa que agitaba las hojas de los arbolillos que dividían la platabanda del jardín traía hasta los pies de Carlota las blancas florecillas que coronaban las anchas capas de los árboles frutales.

Arturo jugueteaba a corta distancia, y en las miradas furtivas que dirigía a su madre, así como en las continuas excursiones que hacía hacia el rincón del jardín, era fácil conocer que el niño contemplaba con la mayor curiosidad un objeto brillante, pues que reverberaba al sol como un espejo o una piedra lapidada.

Carlota no había prestado atención a los movimientos de su hijo, y preocupada con su idea dominante, exhalaba continuos suspiros, que se confundían con el ligero ruido del follaje.

Un mes hacía ya que no había recibido la menor noticia de Ricardo; la última carta era de Florencia, en el momento de salir para Roma.

- Allí—decía—, estaré mejor; en la ciudad eterna, en la reina de las artes, me ocuparé en recorrer las maravillas de la antigüedad, siempre que mi salud me lo permita. Mis criados me prodigan las atenciones más delicadas, pero Mr. Howard, tan bueno, tan solícito, empieza a cansarme... los enfermos son caprichosos. ¡Oh, esposa mía!, yo tiendo la vista a todas partes y no estás aquí, ni puedo nunca llevar tu mano a mi corazón para que veas todo lo que padezco. Todos los niños me parecen más feos que mi Arturo... yo te llamo sin cesar... No puedo llevar más adelante mis ilusiones. ¡Ah! ¡Si estuvieses a mi lado en la hora suprema!»

Carlota traía siempre sobre su corazón aquella carta, resuelta a no separarla de sí hasta recibir otra que disipase en cierto modo sus temores, porque el pobre Ricardo, como casi todos los enfermos crónicos, tenía momentos de esperanza al lado de los momentos más desesperados.

Acercose Arturo lentamente, y deteniéndose como a diez pasos de su madre, sacó del bolsillo un magnífico reloj de oro, en cuya cubierta brillaba una rica cifra de gruesos y redondos brillantes.

Carlota no hizo el menor movimiento, ni levantó sus ojos hacia Arturo.

- ¡Es mío! ¡Mío otra vez! —exclamó el niño dirigiéndose hacia su madre. Entonces era pequeño y me engañabas, ¡ahora soy grande y rico! ¡Rico! —repitió maquinalmente sin alzar los ojos...

¡Pobre criatura! ¿Acaso puede la riqueza cicatrizar las heridas del alma?

Arturo se acercó entonces a su madre, y le presentó la cifra de brillantes, preguntándole con dulzura:

- ¿Duermes, mamá?
- ¡Oh, no! No duermo, amor mío.
- Entonces, ¿por qué no miras?

Carlota fijó entonces los ojos sobre el objeto que Arturo tenía fuertemente sujeto entre sus manos, lanzó un ligero grito y dejó correr por sus ojos dos gruesas lágrimas, estrechando al mismo tiempo a su hijo sobre su corazón.

- ¡Oh, Dios mío! —exclamó con amargura... ¡Cuán terrible es vuestra justicia!
- ¡No me lo quites! ¡No me lo quites! ¡Es mío! —exclamaba el niño atemorizado.
- ¡Oh, sí!, es tuyo, tuyo; ¿pero dónde lo has cogido?
- Escucha, mamá: cuando papá se fue, hace ya tanto tiempo, aquel señor me dio el reloj, y...
- Sí... comprendo... eras muy niño, y...
- Y me engañaste, mamá... y desde entonces ya no volví a oír sonar la música... hoy... tú dejaste abierto el cajoncito de tu tocador...
- ¿¡Cómo!? —dijo Carlota con sobresalto, ¿tú te has atrevido a registrar...?
- No, mamá... yo buscaba siempre por toda la casa mi querido relojito, sin poder atinar donde lo guardabas. Antes de ayer lo atisbé dentro del tocador con su cajita de terciopelo, y hoy te llamé a la antesala para ir yo en tanto y apoderarme de él... ¡Pobre relojito, ya te recobré!

Y Arturo besaba una y mil veces el reloj que había sacado de su caja, y que estaba corriendo en sus manos un gran riesgo.

Carlota prodigó a Arturo una nube de caricias, de ofertas, y logró al fin recobrar el reloj, que guardó suspirando en la cajita carmesí.

Para comprender bien las expresiones de Arturo, retrocederemos por un momento algunos años.

Cuando Carlota vio partir a Lewis triste y quebrantado, sin esperanzas de recobrar su salud, se apoderó de ella, como hemos dicho, una melancolía profunda y supersticiosa; como un niño hizo venir al conde para devolverle su reloj.

- Tomad —le dijo con un acento que desgarró el corazón del pobre amante—, os devuelvo esa joya, que atrajo sobre mi casa la desgracia. ¡Ah! Vos habéis sido un ángel de tinieblas que Dios puso en el camino de mi felicidad para que lo cubriese de luto... ¡Dios os perdone!...
- ¡Carlota, Carlota! Por piedad, no acabaréis mi vida con vuestras injustas palabras. ¿Qué culpa es la mía? ¿Cuándo he venido a turbar vuestra paz?... ¡Ah! Pues que vos me acusáis de haberla turbado, es que me amáis a pesar vuestro... ¡Gracias, gracias, Dios mío! Y se arrodilló como un niño a la voz de su madre.
- ¡Oh, débil mujer! —murmuró Carlota cubriéndose los ojos con las manos... ¡yo misma me vendo!
- ¿Rehusáis de esta joya, que os envíe con tanto afán el día de vuestra terrible boda?... Pues bien, yo la recibo... ¡Arturo! ¡Arturo!

Arturo, que jugaba siempre cerca de su madre, llegó corriendo.

- Toma —le dijo el conde besándole en la frente, y pasando alrededor de su cuello de cisne la cadena esmaltada—, este reloj es tuyo, yo soy tu amigo, y te lo voy a dar para que no me olvides.
- Conde —dijo Carlota con voz entrecortada—, os sentís con valor para hacer por mí un sacrificio costoso.
- ¡Oh, sí! Sí... Hablad.

Carlota miró a todas partes... estaban solos... Arturo había vuelto a sus juegos.

- ¿Me amáis? —murmuró con una voz que se extinguió en sus labios como suspiro.

El conde se inclinó sobre una de sus manos y la cubrió de besos.

- Juradme partir hoy mismo lejos de Rusia... juradme no volverme a ver hasta que recobre Ricardo la salud.

El Conde permaneció algunos instantes en silencio, y pronunció después con voz firme:

- ¡Os lo juro! —y partió.

Pero volvamos al jardín.

Carlota había permanecido algunos instantes abismada en sus reflexiones, cuando vino a sacarla de su letargo la cariñosa voz del señor Druil.

- Una carta de Italia, señora.

Carlota se puso en pie para recibir la carta, la abrió con ansiedad, y empezó a gritar desaforadamente:

- ¡A Italia! ¡A Italia!
- ¡A Italia! —repitió el señor Druil mirándola fijamente.
- Sí... ¡A Italia! Yo...vos... mi hijo; todos.
- Pero, señora...
- Mañana... ¡hoy mismo!

A la mañana siguiente Carlota emprendió el camino de Italia con su hijo y el señor Druil, llevándose todos los objetos de valor, como si un triste presentimiento le hiciese prever que no volvería a pisar jamás aquella campiña, donde habían corrido hasta entonces sus días, ora tranquilos, ora tempestuosos, pero encerrados siempre en el estrecho círculo de las cercanías de Kiof. Sus deseos de transportar el horizonte y recorrer el mundo iban al fin a cumplirse, pero ¿a qué precio? ¿Creéis que no nos sucede a nosotros correr toda la vida tras un deseo, consagrar a su realización las horas, los días, y los años, comprarla a precio de mil pesares y privaciones, y hallar después en ella el tormento y la desesperación más amarga? ¡Ah, sí!; A despecho de los detractores de la novela, yo diré siempre en voz muy alta: *la novela es la verdad, la vida es la novela*.

Carlota, como todos los que nacen para sufrir, iba a ver cumplida la más bella de sus esperanzas, pero llevaba partido el corazón.

Capítulo II. La hora suprema

En las pintorescas cercanías de Roma, y enclavado sobre la ribera del Tíber, levantábase un miserable caserío, pobre, desmantelado y oscuro, pero tan rodeado de vergeles y adornado de bellezas naturales, que podía causar envidia al mismo palacio del jefe de la Iglesia.

La enredadera azul y la fresca yedra bordeaban todas las junturas de sus vetustas piedras, cubriendo con su gallardo e inimitable follaje los escasos ventanillos que le prestaban una escasa luz; la espina rosa bordaba el caminito que guiaba la puerta, y los oscuros pinos sombreaban los rústicos asientos que le rodeaban.

En el fondo de esa oscura cabaña, y en medio del establo, se levantaba una cama de tijera, en la que al parecer dormitaba un enfermo, joven todavía, pero que más pertenecía ya a la región eterna que al gremio de los vivientes.

Su colchón de damasco, las sábanas de rica holanda preciosamente bordada, y la espléndida colcha de seda, indicaban la clase opulenta a la que pertenecía.

Era Ricardo de Lewis que, agotados ya todos los recursos de la medicina, había ido a buscar en aquel pobre establo el aire que necesitaba para vivir algunos días más.

A su lado estaba un hombre de mediana edad y risueña fisonomía, apreciable alemán, elegido por el conde de Kiof, y espléndidamente ratificado por él, para que prodigase al enfermo toda clase de cuidados.

Es verdad que así el enfermo como su esposa ignoraban de todo punto el paradero del conde; pero este, devorado por su amor y su melancolía, seguía muy de cerca al pobre Ricardo, llegando hasta ofrecer al buen Steward una renta vitalicia si Lewis recobraba su salud.

¡Alma generosa, y digna, en un todo de la de Carlota!

Aquí me parece ver asomar a los labios de esos hombres sin fe y sin delicadeza, que no conciben el bien sin interés, una sonrisa sarcástica, pero nada me importa; yo escribo para los corazones sensibles y delicados, y no me ocupo de los que no me comprenden. Ni el sarcasmo, ni la más encarnizada crítica me harán cejar de mi propósito; yo escribiré para vosotras, hermosas e inocentes doncellas, novelas morales, hiriendo sin piedad al vicio, y enaltecendo la virtud.

Ricardo abrió los ojos y se fijó en Steward, diciéndole con melancolía:

- ¡Otro día más! ¡Cuánto tarda!
- Llegará ya muy pronto, señor—respondió aquel animando al enfermo con una sonrisa.
- ¡Ay! ¡Mucho me temo que llegue demasiado tarde!

Steward quiso responder, pero no pudo, y enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano.

Ricardo volvió a caer en aquella especie de sueño que le perseguía desde el amanecer, su respiración era tan suave como la de un niño.

Steward velaba inquieto como un hombre que está en acecho.

De pronto, el enfermo abrió los ojos como alarmado; y los fijó en la puerta del establo, preguntando con ansiedad:

- ¿Ha venido?
- Calmaos—respondió a Steward, con tristeza—, ¿quién ha dicho que venga hoy?
- No sé... pero... siento que la vida se acaba, y quisiera prolongarla hasta que llegase... había creído oír un rumor... ¡maldito sueño!

Y se volvió a dormir.

El anciano escuchó entonces con atención, y percibió en efecto un rumor como de personas que hablasen en voz baja temiendo ser oídas.

Levantose entonces y echó a andar de puntillas, pero cuando estaba ya a la puerta del establo Ricardo abrió otra vez los ojos.

Steward se volvió sonriendo, y se colocó de nuevo al pie del lecho del moribundo.

Abriose entonces precipitadamente la puerta del establo, y Carlota, seguida de Arturo, se arrojó llorando sobre el lecho del enfermo.

Aquel momento es indescriptible, o al menos no nos consideramos con fuerza suficiente para ello.

Tal vez sea porque hemos tenido la desgracia de presenciar escenas de esa naturaleza...

Ricardo respondió a las exclamaciones de Carlota con un grito sofocado, y cayó de nuevo sobre las almohadas extenuado de fatiga.

Arturo cubría de besos la mano pálida y flaca que se había extendido para acariciarle.

El enfermo hizo un movimiento, y Steward salió.

- Escucha—dijo entonces Ricardo con una voz que, aunque débil, tenía toda la solemnidad que presta la muerte—. Dejo el mundo con pena, Carlota mía, porque eres joven y hermosa... en mi egoísmo quisiera arrebatarte conmigo... ¿Te acuerdas ya que el pensamiento triste que me asaltaba al bajar a la capilla el día de nuestra boda?
- ¡Oh, sí! ¡Me acuerdo!
- Tú me dijiste entonces: «¿Os entristecéis? Pues bien; os doy mi palabra de honor de no bailar con nadie más que con vos».
- ¡Es verdad!
- ¡Estabas tan hermosa aquel día! ¡Oh! ¡Maldita sea la muerte que te deja libre para ir segunda vez al pie de él! ¡Oh, Carlota! ¡Cuánto amarga este pensamiento mis últimos momentos!

Carlota guardó silencio por algunos instantes, recorriendo en ellos toda su vida, como un penitente a los pies de su confesor.

Fuese verdad o ilusión creyó que, por una de esas inspiraciones sobrenaturales, hija solo de la hora suprema en que el alma empieza su vida de inmortalidad, Ricardo llevaba en su agonía la duda de verla unida al conde, y aunque como decimos, era solo una ilusión, pues el enfermo no se fijaba en persona alguna, aquella mujer generosa no dudó un instante en romper para siempre con su porvenir y su esperanza.

Dios mismo iba a dejarla libre para que pudiese al fin responder al silencioso deseo de su alma, y nacida para sufrir iba ella misma a cortar con resignación el hilo de su vida, porque estaba segura de que sus fuerzas no alcanzaban a tanto. Dos lágrimas que no pudo contener, dos lágrimas de fuego rodaron por sus mejillas, dejando en ellas el rojo surco que hubiera hecho un hierro candente.

- ¡Ricardo! ¡Esposo mío! —dijo estrechando entre sus manos las del moribundo—. Yo espero en que Dios te devolverá la salud...

Ricardo hizo un movimiento negativo.

- Yo lo espero, sí; pero si Dios quisiese dejarme sola en el mundo con Arturo, ¡te juro que no daré jamás a ningún mortal el derecho de llamarme su esposa!

Ricardo estrechó su mano con un delirio que expresaba mucho más que las palabras.

- ¡Aún más! Yo te parezco todavía joven y hermosa, ¿no es verdad? — prosiguió Carlota, vacilando como quien va a caer.
- Sí... sí, ¡muy hermosa!
- Pues bien, para que no tengas celos del mundo que me admire, yo te juro acabar mis días en un claustro.
- ¡Oh, no! ¡No!

Ricardo señaló a Arturo, cuya cabeza acariciaba cariñosamente.

- ¡Es verdad! —replicó Carlota llorando, pobre niño, al que acabo de dejar sin madre... Pero no importa, añadió con valor, besando a Ricardo en la frente, mi resolución es inalterable, y apenas haya asegurado la felicidad de mi hijo, iré a sepultarme lejos del mundo, dónde pasaré los días que me restan de vida orando por ti. ¡Oh, bendecidme, Ricardo, porque nada más puedo ya ofrecerte!

Ricardo extendió su mano para bendecirla, pero le faltaron las fuerzas, y cayó sin movimiento sobre los bordados almohadones... ¡Había llegado la hora suprema!

A pesar de su resignación, Carlota exhaló uno de esos gritos desgarradores que son como una protesta contra la voluntad divina, y cayó desmayada en los brazos del señor Druil, qué había llegado a las voces de Arturo y de Mr. Steward.

Capítulo III. Soledad

*La esperanza es el sueño de los tristes,
su ilusión los aduerme, pero luego
despiertan a los males, y cual sombras
las esperanzas húyense ligeras,
y las más dulces huyen las primeras.*

La habitación en la que se hallaba Carlota después de la catástrofe era un cuarto oscuro cuyas negras y desnudas paredes tenían todo el aspecto de una triste prisión. En uno de sus ángulos había un estrecho ventanillo, cuyo hueco cubierto por las enredaderas dejaba entrar un débil y mezquino rayo de luz, que en vez de alegrar e iluminar la habitación, se asemejaba en todo a una ironía amarga, como la del que ofrece al hambriento un glóbulo homeopático: la diferencia consistía solo en que Carlota no estaba hambrienta de nada, porque era tal su anonadamiento, que ni siquiera había abierto los ojos, permaneciendo de rodillas y con las manos cruzadas desde que se vio completamente sola.

Aún después de permanecer por algún tiempo en aquella oscuridad, era muy difícil distinguir los objetos, pero para el que abría los ojos por primera vez en aquel remedo de un calabozo, era imposible ver, como el que estuviera completamente ciego. La puerta estaba cerrada, cerrando así el paso aún a la escasa claridad que penetraba en el pasadizo.

Carlota abrió por fin los ojos para asegurarse de que nadie la oía, pero nada vio, más que una nube de humo que penetraba por las junturas de las tablas, y empezó a murmurar lamentos y plegarias, porque quejarse en altavoz es, cuando el corazón está lleno, uno de los mayores consuelos para los desgraciados.

Parécenos que el destino nos oye, que nos compadece, y que tal vez sensible a nuestro lloro nos evitará para en adelante golpes como el que acaba de herirnos.

¡Pobres mortales!

- ¡Sola! —exclamó con el acento de desesperación más amarga—. ¡Sola! ¡Joven! ¡Muerta!... ¡Sí! ¡Muerta para el mundo, para la vida! ¡Muerta para el amor! ¡Sola!... ¡Sin esperanza!

Y cayó sentada en el suelo como si le faltase en las rodillas, cubriendo el rostro con ambas manos.

Oyose entonces un sonido imperceptible, como el de un sujeto ahogado.

Carlota separó sus manos y miró con recelo a todas partes... Nada.

- ¡Oh, Dios mío! —prosiguió con espanto—, ¿es esto todo lo que me estaba reservado en el mundo? ¡Ah!, ¿por qué me le habéis quitado? Era mi compañero en mi amarga peregrinación... ¡su muerte abre para mí una tumba horrible!

Otro suspiro más fuerte que el primero resonó a espaldas de Carlota, que volvió apresuradamente la cabeza, y empezó a temblar. Creía distinguir en uno de los ángulos más oscuros el perfil de un hombre inmóvil como una sombra.

- ¡Si será la sombra de mi esposo! —pensó para sí la joven, y se puso a rezar con el mayor fervor.

Pero Carlota no podía ya soportar su miedo y su aturdimiento, que subió de punto al distinguir más clara la figura que había columbrado antes; y que a pesar de sus oraciones no había cambiado de actitud.

- ¡Oh! ¡Satanás! ¡Satanás! ¡Déjame! —exclamó creyéndose en presencia de una visión maléfica y peligrosa.

Una mano candente se apoyó entonces ligeramente sobre su hombro. Carlota arrojó un grito ahogado, y al volver la cabeza con horror, vio a su lado un hermoso joven, cuyas facciones marchitas y desencajadas tenían en aquel momento una expresión de singular alegría.

Era el Conde de Kiof.

Carlota, anonadada por aquella singular e inesperada aparición, no supo en primer momento qué decir, ni qué pensar, pero reparando al fin en la alegría que respiraban aquellas facciones, le tendió la mano derramando un torrente de lágrimas.

El conde estampó en aquella mano un beso ardiente, que revelaba toda la fuerza de su pasión reprimida.

- ¡Sola! —murmuró Carlota—, ¡sola para siempre!

No sabía cómo empezar a deshojar una a una todas aquellas esperanzas en flor.

- Sentaos —respondió el conde haciéndole reparar en un banquito miserable que había en un rincón—; sentaos, y calmaos por Dios, Carlota.
- ¡Sola! —volvió a repetir aquella con acento sombrío.
- ¡Sola!, es verdad; aún están calientes las cenizas de vuestro esposo, y debéis creerlos sola en el mundo con vuestro Arturo... pero el tiempo cicatriza las heridas... ¡Oh!, no creáis, Carlota, que yo he deseado este

trágico acontecimiento; ¡los cielos son testigos de todo lo que yo hice para prolongar su vida!

El conde refirió entonces a Carlota todo lo que había trabajado en secreto para aliviar a Ricardo en su terrible enfermedad, todo lo que había prometido a Steward si el enfermo recuperaba la salud.

Cada palabra, cada rasgo generoso de los que el conde refería clavaba en el corazón de Carlota un dardo, de los que solo se arrancan arrancando con ellos la parte herida.

Su alma se estremecía con la idea de que en aquel pobre caserío se encontraban los dos seres que encerraban en sí todo su pasado, todo su porvenir, y que ambos estaban muertos para ella.

Era sin duda una ingratitud hacer infeliz para siempre aquel corazón noble y desinteresado, pero era preciso apagar aquel volcán oculto antes que tomase incremento y lo devorase todo con su ardiente y destructora lava.

Por muy costosos que le hubiesen parecido entonces sus sacrificios, nunca sintió Carlota desquiciarse como ahora su ser, porque nunca como ahora se había visto frente a frente de la felicidad para destruirla por sí misma de un solo golpe.

Así es, que se operó en su cerebro una revolución espantosa, muy parecida al delirio, que sus lágrimas secaron, sus labios sonrieron, y se acercó al conde con un aire jovial, que no pudo menos de sorprenderle, por más de que la joven viuda no tuviese testigos importunos de su repentina mudanza.

- ¿Os admiráis, no es verdad? —le dijo acercándose más aún—, ¿qué queréis que os diga?... Vos me creíais un ángel, y no soy más que... una mujer, conde.

Este la miraba atónito, dudando hasta si estaba dormido o despierto.

- Tal vez la muerte de mi desgraciado esposo haya despertado en vuestro corazón ese cariño que tanto os esforzasteis en hacerme comprender. Pues bien, yo ya libre, y dueña absoluta de mis acciones, me creo en el deber de deciros, antes que os abandonéis a locas esperanzas, que este día es el postrero en que debéis contarme cerca de vos.

El conde nada respondió, porque nada comprendía, pero se puso pálido como un tercianario.

- Sí, amigo mío, de hoy más habrá entre los dos un abismo que nunca será posible salvar. La mujer que amáis tiene empeñada ya su palabra.
- ¡Oh! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Eso sería un escándalo, un crimen, y vos no sois capaz de cometerle! Me engañáis, Carlota, ¡me engañáis!

Y dirigía su mirada hacia el sitio en que estaba colocado el cadáver de Ricardo.

- Os comprendo —respondió Carlota perdiendo de repente su tono jovial, y derramando amargas lágrimas—. ¡Alma generosa! No habéis querido creerme capaz de semejante infamia... Tenéis razón, y sin embargo es verdad que nunca se enlazará mi mano más que a la del esposo prometido...
- Por Dios, Por Dios, explicaos...
- ¡Conde! —exclamó Carlota estrechando tiernamente una de sus manos—, esta es nuestra última despedida... el esposo a quien voy a unirme muy pronto... es...

No pudo acabar, y levantó su mano hacia el cielo para concluir su frase.

- ¡Oh! ¡Horrible! ¡Horrible! —exclamó el conde fuera de sí.
- Horrible, porque es la verdad... ¿conocéis alguna que no lo sea? —dijo Carlota con una expresión tan dolorosa que arrancaba toda esperanza del corazón de su desdichado amante.
- ¿Recordáis —añadió Carlota con voz terrible—, las palabras que os dije un día en el bosque de Arcelia?
- No lo sé, porque no sé yo mismo si estoy soñando.
- «Ningún Cronstad ha faltado a su palabra, y cuando se trata de cumplirla se olvidan de que tienen corazón.» Acabo de hacer a mi esposo moribundo ese terrible juramento, y desde entonces el mundo va desapareciendo ante mis ojos... ¡no veo en él más que una tumba abierta que me aguarda! Compadeceos de mí, ¡que soy una madre y dejo a mi hijo!
- ¡Ese juramento es absurdo, señora! El pontífice podrá con una sola palabra disipar vuestros escrúpulos... devolveros la libertad... porque como acabáis de decir... sois madre... ¡Madre! ¡Oh! ¡Vos no podéis dejar abandonado este niño que es vuestra vida!

- ¡Tenéis razón! Cuando proferí ese juramento terrible temblaba por mi hijo; ahora no tiemblo ya... gracias, ¡oh! ¡Gracias, amigo mío!
- No comprendo...
- A vos, a vos que tanto me amáis, a vos entrego mi hijo, sed su padre... Amadle —y añadió con un acento tan apasionado que hizo vibrar todas las fibras de aquellos dos corazones—; amadle como me amáis a mí, y consolaos con la idea de que vuestro recuerdo irá conmigo hasta el sepulcro.

Carlota se dejó caer sobre el banquillo extenuada de fatiga.

El conde no pudo responder, la voz se anudaba en su garganta, como si quisiese ahogarle; al fin brotó de sus ojos una lágrima devoradora, que se secó instantáneamente en su mejilla abrasada por la fiebre.

Pálido, a pesar de su intensa calentura, loco, fuera de sí, se lanzó fuera de la habitación, y volvió en segunda, trayendo en sus brazos a Arturo, linda copia de un precioso querubín.

Carlota, al verle, lanzó un grito desgarrador, como si sintiese destrozarse su alma, y exclamó luego dirigiendo hacia el conde sus hermosos ojos:

- No temáis por mí... sufriré poco, porque soy muy débil, y la tormenta me abatirá muy pronto... ¡Ah! ¿Por qué Dios al darnos las penas no ha de medir las fuerzas que tenemos para soportarlas?

Y se detuvo porque le faltaba la voz, pero cubrió de besos la frente de Arturo, que también lloraba.

Tuvo lugar entonces una escena solemne, que se comprende mejor que se describe.

El conde se acercó a Arturo, lo condujo hacia el medio de la habitación como si quisiera verle mejor, colocó su mano derecha sobre su cabeza ensortijada, y lo estrechó contra su corazón exclamando:

- ¡Hijo mío!

Luego salió cubriéndose los ojos con su pañuelo.

Carlota creyó desfallecer... viéndose sola prorrumpió en un llanto amargo y casi desesperado, que hizo llorar también al pobre Arturo, que no comprendía todavía las penas y dolores de la madre que iba a perder.

Carlota enlazó otra vez sus brazos en derredor de aquel hijo de quien iba a separarse, murmurando con amargura:

- «Siempre hubo en mí un instinto de abnegación y sacrificio, como si al nacer me hubiese marcado para caer en el Holocausto en el altar de no sé qué poder desconocido sediento de mi sangre y de mi lloro».¹³

Al día siguiente dos carruajes enlutados salieron del caserío para Roma; en uno iba Carlota con su hijo, en el otro, el cadáver de Ricardo, el que después de unas suntuosas exequias, fue sepultado en la iglesia de religiosas Premonstratenses¹⁴, que Carlota había elegido para su retiro, aunque no hubiese revelado su determinación a persona alguna.

Pocos días después, de vuelta de un paseo que acababa de dar para distraer a Arturo, el conde se encaminó a ver a Carlota, a la que visitaba con la mayor etiqueta desde su llegada a Roma.

Al subir a la casa se adelantó uno de los criados a recibirlos.

- Señor conde—le dijo haciendo una profunda reverencia—, su excelencia, la señora, nos ha dejado el encargo de entregar esta carta al señor conde, y de conducir a su casa en un carruaje al señorito Arturo.
- ¿Cómo? ¿Qué decís? —murmuró el conde asustado—. ¿Decís que os ha dejado?... ¿Pero a dónde fue?
- Lo ignoro, monseñor, es decir, lo ignoramos, porque el ama... ya sabéis, es curiosa como un marido viejo, y sin embargo lo ignora también.
- Pero ¿la habréis visto salir? ¿Estáis seguro?
- ¿Cómo? ¡Vaya si lo estoy! La señora me entregó esta carta para monseñor, dándome de palabra el encargo del señorito, y entró en un coche negro, con una especie de sacristán, que... vamos... juraré que ha ido a alguna novena... ¿pero no leéis, monseñor?

Y el mozo entregó al conde la carta, que aquel en su aturdimiento no había tomado todavía.

Arturo no acababa de comprender aquellas palabras, pero para el conde todo se había concluido.

¹³ [Nota de la autora]: J. Sand.

¹⁴ En el texto original aparece como “Premostrateses”, lo que podría deberse a un error de transcripción o la evolución de la adaptación de la denominación original en latín de la orden.

Tomó pues la carta, pálido, frío, tembloroso, y la leyó al galope, porque nada nuevo podía encontrar en ella más que una calle, un nombre.

Decía así:

«Os escribo desde la santa casa de religiosas Premonstratenses que elegí para mi retiro.

Como al entrar a este sitio, puerto de refugio adonde me acojo de las borrascas de la vida, no he pronunciado voto alguno (porque me basta mi propósito firme en acabar aquí mis días), no se ha hecho en la casa función alguna para solemnizar mi entrada, por lo que podéis venir con mi Arturo mañana a las diez al locutorio.

Venid, amigo mío, ahora me siento ya fuerte para llamaros, venid.»

El conde tomó la mano de Arturo y volvió con él a su casa, donde le explicó entre lágrimas y sollozos la pérdida que acababa de sufrir, prometiéndole consagrar su vida a procurar la felicidad del que desde aquel momento iba a llamar su hijo. Al día siguiente, al salir del locutorio de las Premonstratenses, el conde entró con Arturo en una silla de postas, en la que iba a emprender su viaje por Suiza y Alemania.

Capítulo IV. La caída de las hojas

El convento de religiosas Premonstratenses, donde se había retirado Carlota, era una de esas moradas encantadoras semejantes a los cuentos de *Las mil y una noches*, que suspenden el ánimo con deliciosas armonías y cándidos goces. Por eso, la novicia que entraba en aquella casa no había ejemplar de que hubiese vuelto a salir, tan dulce, tan encantadora era aquella mansión de paz, que unas cuantas mujeres la habían convertido en un paraíso.

Patios enlosados, bellos jardines adornados de cristalinas fuentes y esculturas magníficas por su forma, y que en vez de representar a Diana o a Neptuno como en el siglo profano, allí eran cándidas vírgenes o graciosos querubes. Todo en aquella mansión respira paz, religión, olvido del mundo y cercanía al cielo.

Nadie ignora la secreta influencia de las simpatías, y que las más veces toda nuestra existencia va encadenada a una mirada que nos seduce, o a una

desgracia que nos conmueve; esta mirada o este infortunio, nos atan al carro del destino, y caminamos forzosamente adelante, sin que esté en nuestra mano detenernos, ora atravesamos fértiles y risueñas praderas, ora una senda sembrada de abismos y sinsabores.

Las fuentes de toda simpatía generosa son el amor y la caridad.

Entre las religiosas que rodeaban a Carlota, había una linda y joven como ella, y que como ella llevaba impreso en su pálida frente ese sello particular del sufrimiento, arruga singular que se extiende o se dobla a medida de las emociones que experimenta el alma, sello invisible para necios y afortunados, y que solo brilla, claro y luminoso, para la vista perspicaz de los que padecen.

Las dos jóvenes se divisaron apenas cuando extendieron los brazos para abrazarse, y se echaron a ambas a llorar.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

Desde aquel día Carlota y Gabriela Marchi habitaron una misma celda, y no tuvieron más que un pensamiento y una voluntad.

Es verdad que la superiora no hubiera permitido nunca que dos religiosas profesas ocupasen una misma habitación, pero Carlota era una señora rica, a la que era preciso cuidar, y esta había tenido buen cuidado en elegir a Gabriela para que la asistiese, afectando no tener otro motivo que la gran semejanza que encontraba en aquella religiosa con una hermana suya.

En un convento es siempre temible dar la preferencia a una religiosa sobre otra, y mucho más cuando la preferida es joven y bonita.

Sea efecto de la casualidad, o más bien de la larga lucha que venía sosteniendo con tanto valor, Carlota cayó en un estado de languidez, mucho más terrible, tanto que, como hemos dicho ya, hacía algún tiempo que sus fuerzas se habían ido debilitando por grados.

Entonces fue cuando se dejó ver con todo su esplendor la simpatía que había unido a aquellas dos mujeres. Para Gabriela no hubo de día ni de noche horas de descanso, su único afán era proporcionar a Carlota cuanto deseaba, cuanto hacía dibujarse en sus labios delgados una ligera sonrisa.

Carlota, por su parte, mimada, acariciada como un niño enfermo, se acostumbró de tal manera a la compañía de Gabriela que pasaba las horas enteras contemplándola, examinando su fisonomía para encontrar en ella una nueva

perfección, y poco a poco casi odiaba ya a todas las demás monjas, porque venían de vez en cuando a distraerla y hacerla apartar por algunos momentos de los ojos de su querida amiga. Meter nota con comentario de Chus.

Una de las noches que Carlota velaba, observó que Gabriela, arrodillada ante la imagen del Salvador, oraba con fervor, y sacaba de vez en cuando un objeto de debajo de su escapulario, que acercaba cariñosamente a sus labios, volviéndolo a ocultar enseguida.

Carlota observó entonces que había demasiado dolor en aquellas facciones, que de aquellos ojos dulces salía un rayo velado por las lágrimas, y que Gabriela se parecía en un todo a una de esas *Mater Dolorosa*, cuya triste belleza nos conmueve siempre, y siempre nos encanta.

Entonces, con esa intuición que Dios ha dado algunas veces a los enfermos, con esa libertad que tienen siempre los que sufren para dirigirse a los demás, Carlota se incorporó un poco en su lecho, y dijo con la mayor naturalidad:

- Estoy triste... hálame de mi hijo, Gabriela.

Gabriela se puso en pie como si hubiese sentido una víbora bajo su planta.

- ¿De tu hijo... yo? Si...—dijo balbuceando.
- Sí, de mi hijo... tú debes saber hablar de mi hijo como yo quiero que me hablen.

Gabriela ni siquiera opuso resistencia a aquello que ella tomó por revelación divina, se acercó al lecho, tomó las dos manos de Carlota entre las suyas y murmuró con voz ahogada:

- Calla... calla... que me pierdes, las paredes oyen.
- Sí, pero dame ese objeto que besabas hace un momento...
- ¿Aquí? ¡Imposible! ... mañana, mañana lo verás.
- ¡Mañana! Bien... mañana iremos al jardín... ¡cuán torpe soy que nunca supe traducir ese rayo de luz y lágrimas que salen de tus ojos, y que dicen a los que saben amar: *soy madre*.
- ¡Silencio, por Dios! —volvió a murmurar Gabriela, cubriendo con sus manos la boca de Carlota, cuyo aliento abrasaba.
- ¿Y sabes por qué lo adiviné, mi pobre amiga?
- ¿Por qué?
- ¡Porque voy a morir!

- ¡A morir! —repitió Gabriela sobresaltada.
- Sí, a morir, Gabriela... tú sabes que no tengo secretos para ti... me creía fuerte, y soy débil... había encontrado el alma compañera de la mía... era libre... si no me hubiese retirado aquí, tal vez hubiera cedido a la tentación. Por cumplir con un escrupuloso deber de conciencia dejé a mi hijo sin madre, y desde entonces, Gabriela, ¡me siento morir!

Gabriela fingió sonreírse, como quien está escuchando una quimera.

- ¡Oh, sí!... Estoy muy segura de ello; yo caeré con las hojas, Gabriela, por eso quiero antes de morir oír tu historia de goces o de lágrimas, y dormirme en tus brazos, para despertar en los brazos del Señor.
- Eso es un sueño triste, y nada más, Carlota, un sueño de enfermo... tú vivirás para ver a tu hijo, para volver al mundo, para ser feliz... sí, feliz, ¡porque no te liga ningún voto!

Carlota pareció entonces tranquilizarse, y se durmió soñando con la mañana siguiente.

Por más que Gabriela no diese crédito a supersticiones vulgares, eran tan alarmantes las palabras de Carlota que le pareció que en ellas había mucho de tristemente profético.

Estaban a fines de septiembre, las hojas caían sin cesar cubriendo con su amarillenta alfombra el césped verde y fino que cubría los jardines; la naturaleza se revestía de esa tinta melancólica que tanto eco halla en los corazones que sufren.

A la mañana siguiente Carlota llamó a Gabriela al amanecer, y la obligó a referirle su vida, como si temiese que su existencia se extinguiera antes de salir al jardín. Gabriela acercó su boca a la oreja de Carlota, y con voz apenas perceptible le refirió su historia, página sencilla de una vida de amor, de una vida sin luchas ni portentos. Gabriela se había casado, había perdido muy pronto a su esposo y a su hija, y sintiéndose ya inclinada la vida solitaria del claustro, había profesado en las Premonstratenses. Carlota se quedó disgustada, porque hubiera querido encontrar en todo lo que la rodea el espectáculo de las grandes pasiones.

Quedábale sin embargo una circunstancia que picaba su curiosidad, y era el sigilo que guardaba Gabriela respecto a su estado, pero temiendo hallarse con una circunstancia pueril, reservó aquella pregunta para el paseo del jardín.

Carlota bajó pausadamente la escalera principal apoyada en el brazo de su amiga, atravesó el patio, saludando con una sonrisa a las novicias que encontraba a su paso, y penetró en el jardín, encaminándose hacia un bosquecillo formado por laureles y macetas de flores de otoño.

Gabriela separó cuidadosamente a la rama de los laureles para ver si las espiaban, y al verse sola con su amiga, la abrazó tiernamente, y le pintó el lisonjero porvenir que la aguardaba, aunque sin creer ella misma en la realización de aquella dicha.

- Pero—le dijo Carlota como si esquivase hablar de sí misma—, ¿a qué ocultar con tanto sigilo tu estado? ¿Es un delito haber estado casada?
- No, Carlota mía, ¿pero no comprendes la imposibilidad de profesar, habiendo tenido otro esposo que Dios? ¡Ay! Fueme necesario ocultar hasta los más caros recuerdos para poder ceñir el velo de las esposas de Cristo. Y esto no fue un crimen, no, porque yo anhelaba la vida del claustro, porque mi amor a mi esposo y a mi hija era un amor casto y santificado, en el que nada había de impureza. ¡Ah! Si hubieses visto mi hermosa niña, ¡mi bella Gabriela! Era pequeña como las horas felices, ¡hermosa como un ángel! Con sus cabellos negros rizados, con su garganta torneada, con sus ojos guarnecidos de largas pestañas negras, y sus manecitas rosadas, ansiando coger sin arte lo que estaba lejos, como si cerca estuviera.

¡Manecitas al cielo, poco diestras aún en coger las cosas de este mundo!

Y durante esta dulce expansión del amor materno, la fisionomía de Gabriela había sufrido un cambio notable. La palidez habitual de su rostro melancólico se había cubierto de una ligera tinta rosada. Las arrugas de su frente, joven aún, desaparecieron, y sus ojos de un negro purísimo, aunque bastante hundidos, arrojaban destellos de fuego, de entusiasmo, de pasión, porque su vida presente, su vida de ayunos, de cilicios y de lágrimas, había desaparecido, y aquella esposa sin esposo, aquella madre sin hijo, era feliz en el pálido reflejo de su felicidad perdida.

- Carlota —añadió Gabriela—, después de algunos momentos de silencio, tú que eres madre, tú que has gozado ya de todas las felicidades que Dios puede concedernos sobre la tierra, ¿qué placer puede igualar al deber

confundidos en un pequeño ser encantador los ojos de la madre con los párpados del padre, y despertar a la voz infantil de aquel ángel, contemplarle dormido, y observar en amorosa querella a cuál de los dos más se parece? ¡Oh! No sé si me comprendes, ¡pero lo que quiero decir es muy hermoso!

Y sacando del cuello el medallón que contenía los preciosos cabellos de su pérdida niña, imprimía en ellos besos de fuego, acariciándolos enseguida con inefable ternura.

- Sí, sí, te comprendo —respondió Carlota dulcemente agitada, y con una voz embargada por los sollozos. ¡Pobre madre!... ¡Y yo! ¡Yo que abandoné a mi pobre hijo!...

Y cediendo al impulso de su extremada sensibilidad, levantó hacia Gabriela sus hermosos ojos azules tendiéndole los brazos con un encanto inexplicable.

Lanzose en ellos la italiana prorrumpiendo en un copioso llanto hartos tiempos reprimido, y confundiendo sus lágrimas y sus gemidos, permanecieron largo tiempo abrazadas como dos hermosas estatuas de dolor.

Ningún paso profano vino a turbar aquella escena, viéndose tan solo desaparecer entre las inmensas calles de árboles que cruzaban el jardín algunas jóvenes novicias que jugueteaban, como palomas entre macetas de flores... y nada más.

Oíase el ligero ruido de las hojas que se columpiaban en los árboles al soplo de una brisa apenas perceptible, en aquel edén dulcemente embalsamado por el perfume que exhalaban las candidas flores de los naranjos y limoneros.

.....

Triste es el otoño en la naturaleza, como triste es el otoño en la vida; la naturaleza pierde sus galas, los árboles se alzan sobre la tierra desnudos y solitarios como un esqueleto: las hojas caen.

El alma joven minada por el dolor ve siempre acercarse el otoño con un temor profundo, porque el otoño es la época en que la horrible muerte alcanza con su seguro a las frentes pálidas. ¡Ay de los que sufren! ¡Ay de los árboles que tan lozanos se ostentaban en primavera! ¡Las hojas caen, el hombre se extingue!

¡Pobre árbol! ¡Cuán feliz eres! La primavera te vestirá con nuevas escalas; pero ¿quién animará la existencia que bajó a la tumba al compás que hacían tus hojas cayendo sobre el césped?

¡Ay! Las últimas hojas del jardín de las Premonstratenses no habían acabado de caer, y Carlota dormía allá el sueño de la paz.

El tibio rayo del sol de otoño iluminó su última sonrisa.

¡Ay! Ella había profetizado que caería con las hojas.

¡Pobre Carlota! ¡Pobres almas gemelas que el destino separa!

.....
Sobre aquella tumba sencilla y casi olvidada por las religiosas que adulaban solo la riqueza, brillaba todos los días una corona de flores frescas, que una mujer regaba con sus lágrimas al expirar el día.

¡Era Gabriela! El egoísmo se aparta de las tumbas, la amistad sola sobrevive a todos los cambios; ella va más allá del sepulcro con su amor. ¡Orad por Carlota que murió joven! ¡Orad por Gabriela que de hoy más todo lo ha perdido sobre la tierra!

Capítulo V. La aurora boreal

*Las aguas de las fuentes suspiraban,
las copas de los árboles gemían,
las olas de la mar se querellaban,
los aquilones de dolor mugían.*

Espronceda

Era una hermosa noche de verano, cuando la imaginación sujeta por el calor del día desea con ansia la brisa consoladora de la tarde para respirar con libertad. Millares de estrellas esmaltaban la azulada bóveda de los cielos, y la pálida luna plateaba con sus rayos un suntuoso sepulcro de mármol blanco colocado en el hermoso parque del conde de Kiof.

Este parque de bastante extensión está contiguo a un vasto edificio dominado por dos torreones coronado de almenas que adelantaban sus gigantescas sombras como dos guardianes fieles de la majestuosa fachada del palacio.

Todo estaba en calma en este recinto; el canto del ruiseñor era el único ruido que se mezclaba de vez en cuando con el ruido de una cascada artificial que se desprendía sobre un gran estanque de piedra colocado en uno de los bosquecillos del parque.

Oyese un ligero ruido; volaron espantadas algunas avecillas que dormían entre las ramas, y dos sombras se adelantaron en silencio por las tortuosas sendas del parque hasta que, llegando al espacio iluminado por la luna, se vio clara y distantemente al conde de Kiof llevando de la mano al hermoso Arturo, cuyos bucles rubios caían en desorden sobre su cuello de alabastro.

El conde presentaba un aspecto de languidez, que prestaba un notable realce a su hermosa fisonomía.

Su elegante vestido de terciopelo negro, bordado de oro, formaba notable contraste con su rostro lívido, donde brillaban todavía como dos faros sus ojos orgullosos, como los de grande de ilustre raza, pero lo que sobre todo hacía resaltar más su rico traje a lo Luis IV (pues por una extravagancia se había empeñado en vestir los recamados trajes de sus ilustres abuelos), eran las numerosas cruces que condecoraban su pecho, y sobre las cuáles reverberaba la luna. Una pluma negra, sujeta con una hebilla de brillantes, se elevaba sobre su toca de terciopelo negro, que colocó respetuosamente sobre el mármol del sepulcro.

- ¡Ah! —exclamó dirigiéndose a la sombra de Carlota—, mujer la más tiernamente querida, tú has muerto joven llevándote también la gloria de mi juventud, la alegría de mi alma. Pero yo te cumplí fielmente todos los juramentos que había hecho en lo íntimo de mi corazón; yo te veo aquí, dormida a la sombra de los árboles plantados por mis abuelos; he insultado sus sombras orgullosas, te he cedido sus títulos, y ¡mi nombre se perpetuará en los hijos de tus hijos!
- Sí, Arturo, ¡conde de Kiof! —añadió pasando su mano sobre la cabeza del joven, que cubría su mano de besos—. Yo te doy mi nombre, yo te cedo

mi fortuna, y solo te exijo por ello la felicidad de reposar al lado de tu madre... ¡Que la muerte reúna las almas que separó el destino!

Arturo se arrojó en los brazos del conde, pero nada respondió, porque aquel semblante pálido y extraviado le causaba un terror imposible de describir. Cuando el conde, luchando brazo a brazo con su valor, custodió por sí mismo los amados restos de Carlota hasta colocarlos en el antiguo parque de su castillo señorial, su naturaleza minada ya por la terrible decepción que había sufrido hubo de ceder, cayendo en un delirio espantoso en el que llamaba fuertemente a Carlota para que le arrastrase consigo a la eternidad.

Empero, nunca después de recobrarse de aquella fiebre había percibido Arturo tan terribles señales en su generoso protector; nunca sus palabras habían tenido una solemnidad tan profética, nunca había notado tal vaguedad en su mirada, y aunque niño todavía, se arrepintió de haber cedido a los deseos del conde acompañándole a los jardines.

- Arturo —dijo el conde después de unos momentos de silencio—, tú tiembles, hijo mío... ¿Tiembles acaso por mí?
- Oh, sí, papá, tiemblo porque habéis salido furtivamente, y el doctor os estará buscando por todas partes; tiemblo, porque vuestra mirada tiene un brillo que me fascina... ¡Por piedad, volvamos a palacio!

El conde se sonrió, y respondió con serenidad, como si se dirigiese a Carlota.

- Nada temas, hermosa mía... ¿Qué puede hacer el doctor cuando la enfermedad es invisible?... ¡Ah! ¡La medicina es impotente para curar los males del alma!... Pero escucha, escucha, vida mía, yo te he visto mil veces cuando soñabas, te he visto pálida, hermosa como la luna que nos alumbraba, te he visto cubierta con el velo del monasterio señalarme el cielo y arrastrarme contigo a la eternidad. ¡Oh! ¡Cuán bello hubiera sido para mí padecer contigo y expirar contigo en una misma hora! ¿Me conoces, Carlota? ¿Distingues todavía en mi rostro desfigurado aquellas facciones orgullosas que solo se han humillado a ti, a ti que has tenido más poder en mi corazón que la gloria?... ¡La gloria! ¡La gloria! ¡Cuánto la amaba yo en otro tiempo!

A pesar de su extravío el conde recordó entonces los días felices en que su espada llenaba de orgullo las águilas imperiales, y su corazón se oprimió como

si le sujetase un horrible peso. Entonces joven, hermoso, valiente, colmado de honores, brillaba en la corte de Rusia, y un lisonjero porvenir halagaba su alegría caballeresca; ahora débil, enfermo, lejos de los combates nacionales, y seducido por una ilusión fantástica que ya se había extinguido, velaba al pie de un sepulcro. Esta triste reflexión parece acelerar más y más el trastorno que venía amenazando su hermosa inteligencia.

Arturo observó con terror que en aquel semblante había una expresión de insensatez, más terrible aún que la muerte misma, que aquellos ojos fijos en la luna brillaban con una alegría semejante a la sonrisa de la infancia, y abarcando de un solo golpe su soledad, exclamó derramando un torrente de lágrimas:

- ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Por qué me dejas abandonado en un mundo desconocido para mí? ¡Llévame! ¡Llévame!

Inclinó su hermosa cabeza sobre las gradas, y sus largos bucles rubios esparcidos sobre el mármol semejaban los cabellos de una Virgen que al despedirse del mundo ofrece sobre el altar del sacrificio los sedosos rizos que ornaron su cabeza virginal.

- ¡Arturo! ¡Arturo! —dijo el Conde levantándole cariñosamente en sus brazos, y recobrando por un momento su razón, como brilla a veces una llama próxima a extinguirse...— ¡Pobre niño! Me partes el corazón... tú no verás...

La palabra expiró en sus labios como si hubiese olvidado lo que iba a decir.

- Papá, ¡vamos a casa!, ¡vamos! —repetía el niño atemorizado... el aire de la noche os hará mal.
- Hijo mío, nada temas, el relente no puede ya herirme... mira, mira, añadió cogiéndole con fuerza por el brazo, y mostrándole el horizonte iluminado por una brillante claridad. ¿La ves? ¡Oh! ¡Qué hermosa es! ¡Carlota, Carlota! ¿Tú lo ves? ¡Yo te amaba...!
- ¡Papá! ¡Papá!, ¿por qué brillan tanto esas nubes, y por qué llamáis a mi madre? —gritaba el niño llorando.

El conde no podía ya comprenderle, su razón se perdía por momentos.

- Arturo —gritaba extendiendo su mano hacia el horizonte—, ¿no ves su magnífico ropaje formado de brillante a grupos de estrellas?... Sí, ¡tú

brillas también, Arturo mío! Tú serás un grande hombre... ¡Carlota!
¡Carlota! ¡Ya te sigo!

Los gritos redoblados de Arturo atrajeron al jardín a los numerosos criados del conde que no se habían apercibido de nada, porque lo creían retirado con Arturo en sus habitaciones.

Steward, que fiel a su señor sentía por él un entrañable cariño, contemplaba atónito las extravagancias del pobre enfermo, comprendiendo que aquella triste escena era una página del drama que había tenido lugar en el caserío de las orillas del Táber, y derramando amargas lágrimas por aquellos seres que agostara el soplo ardiente de las pasiones.

- Llevadle, llevadle —gritaba Arturo—, esas nubes brillantes le han hecho mucho mal.

Steward levantó entonces la cabeza y vio el horizonte cubierto por los reflejos de una aurora boreal que disminuía notablemente.

- Mi querido amo —decía sosteniendo cariñosamente al conde—, tranquilizaos, es una aurora boreal; estáis muy débil y esa luz era demasiado brillante para vuestros ojos.

El conde se dejó conducir dócilmente como un niño, pero al llegar al palacio volvió la vista al horizonte, en el que solo quedaba un débil reflejo de la claridad que había trastornado su cerebro, y exclamó con un doloroso suspiro:

- ¡Ah! ¿Por qué te ha sido tan presto?

El conde vivió todavía algunos meses, y hasta recobró en parte la salud perdida, pero la razón le había abandonado para siempre; solo Arturo tuvo la satisfacción de hacerle recobrar por cortos instantes una inteligencia que, en sus momentos más lúcidos, solo llenaba con la idea de Carlota, a la que llamaba sin cesar, confundiéndola con la aurora boreal que había trastornado en su cabeza.

.....

En las guerras del Cáucaso distinguíanse algunos años después dos jóvenes oficiales, tan gallardos como valientes. El uno era Alberto de Cronstad, comandante de batallón, y el otro el joven coronel Arturo de Lewis y conde de Kiof.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agudelo Londoño, Jessica, Bedoya García, Johana y Osorio Tamayo, Dora Liliana (2016). «Ser mujer: entre la maternidad y la identidad». *Revista Poiésis*, 31: 306-319.

Bezoz, Javier (2023). Kiev: breve historia de un nombre. *El blog de la FundéuRAE*. <https://www.fundeu.es/blog/kiev-breve-historia-de-un-nombre/>

Castañeda-Rentería, Liliana Ibeth y Rodrigues Araújo, Emília. (2021). «Atrapadas en casa: maternidad (es), ciencia y COVID-19». *Brasílian Journal Education, Techonology and Society*, 14: 75-86.

Fuller, Norma (2010). «Identidad femenina y maternidad: una relación incómoda». UCP. Lima Perú. Recuperado de <https://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/081008.pdf>.

Giallorenzi, María Laura (2017). «Maternidad, familia y trabajo. Reflexiones desde la teoría feminista». *Estudios sociales contemporáneos*, 16: 169-185.

Lijtinstens, Claudia (2006). «Conferencia sobre la familia». *Virtualia*, 5.15: 1-6.

López de Suazo Algar, Antonio (2017). *Catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*. Madrid: JLA.

Sánchez Hita, Beatriz (2022). «Un periódico para la instrucción y un espacio para la escritura femenina.». *Arbor*, 198(805), a662.

Simón Alegre, Ana Isabel. (2021) «Prensa, publicidad masculinidades a través de El Álbum Ibero-Americano.» *Historia y memoria*, 22: 29-75.

Zecchi, Barbara (2207) «La desapropiación de la escritora: de la angelización a la ginofagia.» *Lectora: revista de dones i textualitat*, 13: 241-250.